

**EL ROSTRO DE LAS MUJERES COCALERAS  
EN CANTAGALLO, SUR DE BOLÍVAR**

Natalia Duque Vergara  
Laura Franco Salazar

**Asesor**  
Juan David Ortiz Franco  
*Magíster en Gobierno y Políticas Públicas*

Trabajo de grado para optar el título de:  
Periodista

**UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA  
FACULTAD DE COMUNICACIONES  
DEPARTAMENTO DE COMUNICACIÓN SOCIAL  
PREGRADO EN PERIODISMO  
MEDELLÍN  
2019**

## **Tabla de contenido**

Radiografía parcial del miedo en Colombia (Desde la mirada de Laura)	1
Radiografía parcial del miedo en Colombia (Desde la mirada de Natalia)	4
Capítulo 1: La Siembra	8
Capítulo 2: La Primera Raspa	17
Capítulo 3: La Segunda Raspa	25
Capítulo 4: El Quimiqueo	35
Capítulo 5: La Venta	48
Capítulo 6: La Última Raspa	59

## **Agradecimientos**

A las personas que nos recibieron en Cantagallo. A las campesinas y campesinos que nos contaron sus historias y, muy especialmente, a las mujeres protagonistas de este trabajo por abrirnos las puertas de sus casas y de sus corazones.



## **Radiografía parcial del miedo en Colombia (Desde la mirada de Laura)**

Verme sobre el muelle que une al río Magdalena con el Yuma, el puerto fluvial de Barrancabermeja, me parecía un sueño. Las maletas en la espalda pesaban como tanques y anunciaban el camino que teníamos por delante. Aún me parece un sueño, como si no hubiese ocurrido nunca. Lo único que parece real es el temor que sentí, dos días antes, cuando había decidido no viajar.

Vivir en Colombia, el país del fuego, del oprobio, del resentimiento y la rabia —como lo definió alguna vez el profesor Pablo Montoya—, implica vivir con miedo. Miedo a lo que podría pasar. Miedo con el que quizá viven muchos campesinos, miedo que han perdido muchos líderes, miedo que la lucha social supera; el miedo que te paraliza o te da impulso para arrasar con todo.

Yo me paralicé. 153 periodistas asesinados entre 1977 y 2015; 282 líderes sociales y defensores de derechos humanos asesinados entre 2016 y 2017; 39.058 víctimas de secuestro entre 1970 y 2010; 494 ataques a la población civil entre 1958 y 2018; 68.499 casos de desaparición forzada entre los mismos años; tres periodistas asesinados por disidencias de las FARC en abril de 2018; más de 10.000 falsos positivos en el período de gobierno de Álvaro Uribe Vélez y 10'398.689 millones de votos que hicieron presidente, este mismo año, a Iván Duque, su elegido.

Colombia es un país que asusta y que al mismo tiempo pide con una voz fuerte —que parece no cansarse— ser rescatado. Quizá por eso decidí estudiar Periodismo, atendiendo a ese llamado que te ruega que hagas algo, que no dejes que todo pase, que te tranquilices y sigas.

A pesar de haber nacido aquí, el miedo llegó tarde a mi vida. Nací en Medellín cuando la violencia de Escobar ya había dejado la sombra de una ciudad que no podía causarle mayores problemas a una niña que se proponía a crecer. Tuve una infancia tranquila y por eso recuerdo, sin dudar, la primera vez que sentí miedo. Habían amenazado a mi papá, tenía que comprometerse a pagar una ‘vacuna’ vitalicia para poder trabajar. “Los muchachos” se lo

tenían advertido porque él siempre había sido de los que creía que hablando se podían solucionar las cosas, que así se podía zafar de ellos y hasta caerles bien. Pero eso les incomoda.

A los muchachos los veo a diario. Cobran semanalmente —casa por casa— el favor que nos hacen para que el barrio “sea seguro” o se sienta seguro. Los veo a diario y entiendo que no tienen miedo —por lo menos no de matar—. Que frases como “le cobramos una multa a ese hijueputa pa’ no matarlo” no son expresiones sueltas, están cargadas de odio para provocar miedo. Los veo a diario y entiendo que esa es su manera de trabajar, que no es en absoluto un juego o un chiste, lo asumen como su trabajo.

Colombia es un país injusto que atemoriza, en la ciudad o en la ruralidad. No es justo vivir con miedo. Quisiera que mi papá viviera sin miedo, quisiera caminar hasta mi casa sin miedo. Por eso creo en el cambio social que, a pesar del temor, se ancla firme ante todo eso que nos resta libertad y la posibilidad de vivir tranquilos. A veces me lleno de esperanza y creo que puedo hacer parte de esa lucha, pero otras muchas veces me lleno de desesperanza porque lo veo todo tan afianzado, tan inamovible que solo veo posible desistir y no resistir. Pero siempre, siempre agradezco que cuando esto sucede esté Natalia, firme, convencida de que las cosas se pueden cambiar, de que la realidad es transformable. Natalia siempre me contagia de esperanza, me devuelve la confianza en la función social que debe tener el periodismo — el buen periodismo— en una sociedad.

Alguna vez le dije que a veces la veía y me veía, que verla era como verme en un espejo que me devolvía una imagen muy similar a mí, pero más valiente y con más ilusión. Trabajar con Natalia es trabajar para construir, para transformar.

Este proyecto nos trajo un montón de sueños. Sería un viaje en el que aprenderíamos un montón, sería un viaje para comprender un fenómeno que ha transformado la vida de miles de campesinos en Colombia; un viaje para construir, que nos traería historias bellísimas, fotografías bellísimas, aprendizajes bellísimos, pero los miedos, mis miedos, fueron más fuertes que esos sueños.

Estamos en el Yuma esperando la lancha que nos llevará a Cantagallo para iniciar el trabajo de campo de este proyecto. Estamos ahí, felices, con los miedos ocultos en la parte más lejana de la superficie del alma. Ahí está la felicidad y la esperanza. Ninguna sospechaba que esos miedos estaban tomando fuerza dentro de mí para salir, de nuevo, días después.

153 periodistas asesinados entre 1977 y 2015; 282 líderes sociales y defensores de derechos humanos asesinados entre 2016 y 2017; 39.058 víctimas de secuestro entre 1970 y 2010; 494 ataques a la población civil entre 1958 y 2018; 68.499 casos de desaparición forzada entre los mismos años; tres periodistas asesinados por disidencias de las FARC en abril de 2018; más de 10.000 falsos positivos en el período de gobierno de Álvaro Uribe; 10'398.689 de votos que hicieron presidente, este mismo años, a Iván Duque, su elegido.

Tuve que regresar. Mi casa parecía en ese momento el único lugar seguro. Quizá un ataque de pánico o ansiedad. No sé qué haya sido, solo sé que lo que pasó parece un sueño, que lo único que parece real es el miedo que sentí y que me hizo regresar antes de lo planeado, sin detenerme a pensar en lo que eso implicaba. Por suerte, Natalia es una de las mujeres más valientes que conozco, por suerte siento que ese miedo no ha podido vencerme del todo.

## **Radiografía parcial del miedo en Colombia (Desde la mirada de Natalia)**

“Allá están nuestras montañas”, le dije a Laura mientras veíamos la Serranía de San Lucas desde el Magdalena, sin saber que un mes después estaría regresando sin ella. Apenas habíamos dejado Barrancabermeja y desde la chalupa el horizonte se pintaba de las mujeres que esperábamos encontrar en un par de días. Laura miraba por la ventana mientras yo dormía.

Unas noches antes, Laura me dijo que sentía miedo por nuestro viaje y miedo de sentir ese miedo. Yo pensaba que era apenas normal; era un lugar desconocido, con gente diferente y haciendo un ejercicio que nunca habíamos hecho durante nuestros cuatro años en la Universidad. Nos hemos construido como expertas en escribir historias desde el escritorio y en abrir nuestros ojos apenas hasta la primera esquina donde encontramos el rostro más ‘fotogénico’ para una crónica. Definitivamente, el Sur de Bolívar estaba más allá de los horizontes que la mayoría de los profesores nos habían trazado en sus clases.

Me decía que a su cabeza siempre llegaban escenas de películas en las que la guerra suele retratarse con su máxima expresión de crudeza. Se reproducían en su cerebro una y otra vez sin dar tregua a la razón que también se permea de los noticieros, así como de la vida misma en Colombia.

Tan sólo en mayo, un mes antes de viajar, 18 líderes sociales fueron asesinados, de acuerdo con Indepaz. Así, la cifra superaba 70 homicidios para ese momento, solo en lo corrido de 2018. Esto, sin contar las innumerables amenazas que reciben los dinamizadores del Plan Nacional Integral de Sustitución —PNIS—, acompañadas de un aumento, según la



Fundación de Ideas para la Paz —FIP—, del 33% en el índice de violencia en los municipios en los que se está llevando a cabo este plan.

Ante este panorama, me parecía razonable sentir miedo. Sin embargo, intenté darle eso que siempre encuentro en ella: tranquilidad. El reconocimiento previo del territorio y de los actores, así como el contexto del lugar eran motivos suficientes para asumir que el riesgo podría ser mínimo; teniendo en cuenta también que lo único más fuerte que el miedo es el amor, amor que yo estaba segura, lo sentiría plenamente una vez estuviéramos en campo.

Siempre he creído que Laura es una periodista enamorada, lo cual le permite mantenerse en un estado de constante desenamoramiento, duda, intriga. El periodismo la enamora, pero la suelta casi de inmediato porque no se esfuerza en quedarse; ‘tampoco hay ninguna razón para quedarme’, piensa. Y entonces el miedo se apodera de ella.

A tan solo 24 horas de nuestro viaje por el río, Laura ya estaba montada de nuevo en la misma chalupa. En Puerto Nuevo, cuando nos esperaba la canoa que se dirigía hacia la primera vereda, con los ojos llenos de desesperación, me dijo que no podía. Yo no pude enamorarla de nuevo y entonces el miedo ganó. Ella volvió y yo me quedé; eran las 5:00 p.m. y ella regresaba a Barrancabermeja por el Magdalena mientras que yo entraba a El Trasmayo por el Cimitarra. Ahora no pude dormir.

Don Pedro, un campesino de la vereda, iba junto a mí en la canoa y me dijo: *¿a ella le dan miedo las canoas?, podríamos mandar una moto para que la recoja en Barranca y la traiga hasta aquí.* Sin embargo, don Pedro entendía que el miedo no comenzaba y terminaba en la canoa, sino que se extendía a una realidad de película que él vive a diario en el campo.

¿Por qué ningún argumento era suficiente? Me costó entender su incapacidad de sobreponerse ante ese miedo, sin entender que burlaba cualquier respuesta racional y se limitaba a lo más instintivo. El escritor alemán Bertolt Brech afirmó en uno de sus textos: "...nos apresuramos a oscurecer aún más lo oscuro y antes de buscar una razón suficiente creemos en lo absurdo". Tal vez esta sea la definición más acertada que, hasta el momento,

he encontrado para imaginarme lo que sintió Laura antes de tomar la decisión de volver; más no lo considero una causa *per se*, sino más bien una consecuencia.

Su miedo no era natural ni mucho menos su desconfianza; su miedo plantó sus bases en una matriz mediática que nos mostró un campo salvaje, habitado no por humanos sino por animales. Su miedo creció en la academia que le dio la espalda a la realidad y se empeñó en escribir historias bonitas. Su miedo se sostuvo sobre la misma realidad que, sumergida en el cuento de un país en paz, mostró su esqueleto en silencio cuando campesinos, líderes sociales y periodistas fueron asesinados. Así, su miedo no puede explicarse como un simple problema de pánico o ansiedad, cuando fue puesto ahí por quienes continúan legitimando la violencia —armada y estructural— en Colombia.

“Allá están nuestras montañas”, pensaba yo cuando volvía, ya sin ella. Imaginé cómo hubieran sido algunos momentos del viaje si se hubiera quedado; ¿hubiera llorado y reído tanto como yo?, ¿se habría enamorado, así como yo? Estoy segura de que ahora, al regresar, ambas tendríamos los ojos puestos en ese horizonte y cargados de nostalgia, amor y con una batalla ganada al miedo.

A ella no la devolvió la ansiedad ni el pánico; a ella la devolvió la violencia, la devolvieron los medios, la devolvió la ejecución de una estrategia del terror; la devolvió la academia desde su escritorio, la devolvieron quienes defienden la guerra a capa y espada. La devolvieron los señores de la muerte que construyen un país en el que, a punta de sangre, miedo y desesperanza, deciden privar-se del amor.

Laura no llegó a enamorarse, simplemente no llegó.

Los capítulos de este reportaje fueron nombrados según el orden cronológico de los procesos que se llevan a cabo para la producción de cocaína. Así, se inicia con la siembra de la hoja de coca y se finaliza con el proceso químico con el que culmina la producción de la pasta base de coca. Esta estructura es una decisión conceptual de las autoras, por lo que ningún personaje o historia se relaciona de manera directa con el nombre del proceso al que corresponde su capítulo. Los nombres de todos los personajes han sido modificados.

## Capítulo 1: La Siembra

A 30°C el aire entra con dificultad a sus pulmones, mientras tanto las manos –bien firmes– toman el pico y empiezan a golpear con fuerza la tierra creando las zanjas de un centímetro en las que irán sembradas las matas. Para hacer menos complicado este proceso, el campesino remoja la tierra con un poco de agua.

Ubica las semillas recostándolas a uno de los lados del socavón, una al lado de la otra, y cuando ya están bien apoyadas pisa la tierra para asentarla. La semilla de la hoja de coca es sensible a la temperatura y la humedad, por esto su capacidad de germinar se va reduciendo conforme pasa el tiempo. A los 15 días de su recolección cuenta solo con un 50% de posibilidades de crecer.

Para sembrar la planta, que para 2016 ocupó más de 146 mil hectáreas de la superficie de Colombia, se necesita lo mismo que para sembrar cualquier alimento: unas manos, casi siempre de hombre, que labren la tierra a pesar del cansancio. Ya ve, querido lector, la siembra de la coca empieza como cualquier otra labor de agricultura.

Si la siembra fue efectiva, en una semana comenzarán a asomar las primeras hojitas que crecerán bajo una gran cantidad de sol y agua. Luego de 12 semanas habrá alcanzado su máxima altura –hasta 2,5 metros– y tendrá la cantidad de hojas necesarias para la cosecha.

Así se lleva a cabo la primera parte de esa actividad que ha sido realizada por los campesinos del país que dejaron de sembrar alimentos para moverse entre cacaos.

\*\*\*

*Berta - Año 1993*

*Una mujer ruborizada por el calor, confundida por el largo camino que acaba de recorrer desde Cundinamarca hasta el sur de Bolívar, pisa por primera vez la tierra desconocida que la acogerá, sin ella saberlo, por el resto de su vida.*

Berta tiene decenas de ríos en el rostro y unos ojos oscuros, ya casi perdidos por la piel que le cuelga y por el humo de la leña que durante años le nubló la vista. Su cabello, que está casi siempre trenzado, le llega hasta la cintura. Temprano en la mañana, antes de alimentar a los pollos, se lo peina desde la raíz hasta las puntas, orgullosa de la melena que la acompaña desde su juventud.

Ella camina descalza por su casa: desde la cocina hacia el patio, del fogón al cultivo. Se mueve como si los más de sesenta años con los que carga la tuvieran intacta, como si la tierra hiciera parte de sus pies. Cuando tiene tiempo le gusta consentir a sus nietos con “vikings”, que son bolsitas de agua congelada con alguna fruta o algún sabor. Sus ojos reflejan la fuerza de sus manos, con las que por más de 25 años ha trabajado la tierra para sus tres hijos, sola, así como ella lo dice, “siendo hombre y mujer al mismo tiempo”.

Berta conoció esas montañas hace veinticinco años. La enamoraron tanto que olvidó el plan de quedarse solo un mes. Su vida en Yacopí, Cundinamarca, se había comenzado a tornar complicada: problemas con la familia de su esposo y la muerte de su último hijo –al que alcanzó a llorar lo suficiente– habían marchitado su vitalidad.

En medio de las dificultades, fue a visitarla hasta Yacopí uno de sus hermanos que ya vivía hace varios años en Cantagallo. Allí trabajaba quimiquiando: mezclando las sustancias para obtener la pasta base de cocaína. “Vámonos pa’l sur de Bolívar, deje a su familia; dura un mes y si se amaña le doy plata pa’ que vuelva por ellos”, le dijo.

Berta, pensando que ese lugar del que le hablaban estaría cerca, y con la intención de que aquello que en Yacopí la angustiaba quedara atrás, aceptó la propuesta. Partió con la esperanza de encontrar algo que hacer para ganar dinero y quizá, quedarse en la región.

Viajaron por lo menos nueve horas hasta llegar a la vereda Miraflores, en Cantagallo, donde había una casita de palo y teja que sería su hogar. Aún hoy, Berta la reconoce cuando camina por la quebrada de la que tantas veces sacó agua para sus cultivos.

El terreno al que llegó se lo regaló su hermano y ahí, cerca de ese ‘ranchito de palos’, como ella lo define, sembró yuca, plátano y maíz para su consumo. La coca todavía no era abundante, sin embargo, su hermano ya cultivaba de la variedad conocida como peruana.

Él, gracias a su trabajo como quimiquero y a sus cultivos de coca, pudo comprar el terreno de Berta, una máquina propia para picar la mata y unos colinos de plátano y yuca para empezar a cultivar. “Por eso él se vino a vivir por acá, acá se veía más la plata”, recuerda.

Además de cuidar los sembrados de su finca, Berta empezó a trabajar como cocinera de los obreros que tenía su hermano: desayuno, almuerzo y comida les tenía listos todos los días a la misma hora. “¿Si se amañó?”, le preguntó su hermano al mes y ocho días de haber llegado a Cantagallo. “Yo sí me amañé, me gusta mucho la tierra caliente, más cuando es de ambiente, cuando hay donde trabajar”.

Luego de responder a esa pregunta, volvió a Yacopí con 200 mil pesos en busca de su esposo y sus tres hijos.

\*\*\*

La **coca peruana**, que se cultivaba a principios de los noventa, empezó a ser poco rentable por su alta sensibilidad al glifosato. Luego de una de las primeras fumigaciones que se hicieron en el territorio, se comenzó a reemplazar por la **coca amarga**, que era mucho más resistente.

*“La peruana con solo oler el glifosato se tuesta, se muere”.\**

\*\*\*

*Doña Rosa - Año 2000*

*Una pareja sube Morro Cilindro junto a sus tres hijos. Llegaron desde Santander hace un par de días con la promesa de un trabajo y una tierra. Antes de entrar a la finca de su patrón los recibe una panorámica del Valle del Río Cimitarra como evidencia de que están lejos de casa.*

Doña Rosa es una campesina elegante, le gusta vestir bonito y mantenerse bien organizada, tanto a sí misma como a su finca. Habla más bien poco, pero cuando entra en confianza hace preguntas y se ríe escondiendo sus pequeños ojos. Su cabello, siempre bien peinado, le llega más abajo de los hombros; antes era negro, pero ahora tiene algunos visos blancos.

Su contextura delgada, junto a su impecable postura, hacen ver imponente hasta a la yegua que monta. Tiene una mirada lejana, cerrada –hasta que le hablan de su nieto, su cocina o de las flores–, una nariz aguileña que es el centro de un rostro serio, pero esa dureza se esfuma cuando sonríe y se siente como una amiga, la de siempre.

Lo que más ha disfrutado de sus 43 cumpleaños es la torta, su parte favorita de las fiestas. Casi no disfruta bailar, pero le gusta mucho cocinar porque además le queda rica la comida, o eso dicen quienes le han probado la sazón. Es perfeccionista a la hora de guisar los alimentos y cocinarlos, así como para limpiar sus ollas hasta que quedan brillantísimas: son el orgullo de su cocina.

Doña Rosa llegó desde las cocinas de Cimitarra, Santander, a los cocales del Sur de Bolívar, hace ya 18 años. Acostumbrada a las fincas ganaderas, se encontró con unas montañas que comenzaban a cubrirse de cocales. Ya las vacas no caminaban entre el pasto, sino entre las matas.



Junto a su esposo había tomado la decisión de abandonar las tierras en las que creció y se enamoró, pero en las que ahora ninguno de los dos tenía trabajo. “Entramos con una señora amiga, ella fue la que nos ayudó para trabajar”, recuerda. Así, con apenas 25 años, llevando dos niños de la mano y el tercero, el menor, aún en brazos, llegó a Cantagallo.

Los cinco se instalaron en la finca de su nuevo patrón, en la que solo se cultivaba coca. “Aquí el trabajo era con la coca, eso era lo que se trabajaba”, dice. Ella cocinaba mientras él raspaba con la intención de ahorrar el dinero suficiente para conseguir su propia tierra.

Un año después, la mujer que los había llevado desde Santander tuvo un accidente y, como después de eso ya no se contrataron más trabajadores, tuvieron que salir de la finca y probar suerte en otros cocales. “Parecíamos gitanos, yendo de un lado a otro”, cuenta doña Rosa. Con su esposo, sus hijos aún pequeños, y las pertenencias echadas al hombro, se movió de un cultivo a otro en donde para ella hubiera *cocina* y para él *raspa*.

Luego de tres años como nómadas y de haber ahorrado sus jornales, doña Rosa y su esposo compraron una tierra propia: “Por aquí solo se sembraba coca, todo el mundo tenía esa mentalidad, entonces nosotros también comenzamos”.

\*\*\*

Luego de una fumigación se cortan las hojas y se espera a que vuelvan a nacer. Sin embargo, la **coca amarga**, al recibir el glifosato, deja caer ella solita unas cuantas hojas que al poco tiempo, también solitas, vuelven a crecer. La **amarga** es una coca que no muere fácil. Sin embargo, no garantiza el sustento económico: no rinde al momento de convertirla en pasta.

*“Un rinde normal de peruana da 20 gramos de pasta base de cocaína por arroba de hoja.*

*Mientras que un rinde de amarga da solo 11 gramos de pasta por arroba de hoja”.\**

Por eso se dejó de cultivar un tiempo, la tierra se dejó rastros.

\*\*\*

### *Doña Teresa - Año 2001*

*Doña Teresa, consciente de lo que deja en Barrancabermeja, observa al Magdalena desde el puerto. El mismo río de sus juegos de niña, ahora sería testigo de cómo su figura –ya adulta– encarnaría el liderazgo de la comunidad.*

Doña Teresa tiene la sazón en sus manos y pies. A veces baila cuando cocina porque cuando era más joven lo hacía en las fiestas y porque ahora vive de preparar comida. Tiene la piel negra y el cabello crespo, casi siempre recogido en una moña. Como suele usar pantalón corto se le ven los músculos de las piernas que se han vuelto grandes luego de varios años caminado las trochas de El Trasmayo y El Cagüí.

Hace parte de la Junta de Acción Comunal y del Comité de Mujeres de El Trasmayo. A pesar de que su edad no llega a los cuarenta, como una madre, se preocupa por que todos coman y porque se mantenga un ambiente de tranquilidad en la vereda.

Su casa es sinónimo de encuentro para las personas, siempre está llena, ya sea de campesinos que llegan a comer o a ver algún programa en uno de los pocos televisores que hay en la vereda. Su voz suave contrasta con su carácter, pues no se deja mandar ni de la gente, ni de sus hijos, ni de su marido.

Cuando llegó a Cantagallo, las montañas que doña Teresa alcanzaba a ver desde su finca en El Trasmayo tenían ya pocos rastros de coca, pues su llegada coincidió con la disminución de los cultivos debido a las fumigaciones y las erradicaciones forzadas que se hicieron a

principios de los 2000. Sin embargo, su papá, que sí presencié el auge del cultivo en la región, le contaba las historias sobre esos tiempos.

Lo que vivió su padre fue el movimiento constante de las personas: todos los días entraban por El Cagüí dos chalupas llenas de obreros dispuestos para la época de raspa, los negocios eran grandes, se necesitaban cocineras en todas las fincas y el dinero se movía en la región.

Lo que doña Teresa encontró fue el silencio, una región habitada por un campesinado desmoralizado y sin alternativas económicas luego de las fumigaciones, sin embargo, sus expectativas de construir un hogar seguían intactas.

\*\*\*

Tras la debilidad de la peruana y el bajo rinde de la amarga, llegó el reinado de la **dulce**. Tenía el mismo rinde de la primera y, así como la segunda, lograba resistir al glifosato.

Sin embargo, cuando la **dulce** apenas se estaba estableciendo, llegó la **pringa maría** o **tinga**. Se comenzó a vender por 500 mil pesos cada kilo de semillas, del que sólo brotaban 30 o 40 matas. A pesar de esto, la **pringa** se popularizó porque, si bien no es tan resistente al glifosato, su rinde es mayor al de todas las demás: 30 o 35 gramos de pasta base por arroba de hoja.

*“Según el campesino, para quien compraba valía la pena. La gente estaba contenta con esa coca”.\**

\*\*\*

*Doña Milena - Año 2002*

*Desde Yondó hasta Barranca y desde Barranca a Puerto Matilde, doña Milena ya lleva más de un año recorriendo las trochas del Magdalena Medio. En busca de estabilidad, llegó a la vereda Lejanías junto a sus cuatro hijas y su esposo. Sin querer, los cicales que están en el patio trasero de la finca a la que llegó a trabajar, estarían también en la suya.*

Doña Milena es una campesina que cree en la libertad. Segura de eso, crio a sus cuatro hijas como a pocas mujeres en el campo: emancipadas. Ellas usan *piercings*, escuchan música y disfrutan la vida en la montaña como herencia de una madre que les confió la autodeterminación. La relación con su compañero no era muy diferente. “Un compañero no es para atarse a él, sino para compartir”, dice.

Curó a sus perros de una mordedura de serpiente, pues su pasión por la medicina la ha llevado a atender partos, vacunar y hasta a tratar heridas hechas por una mapaná. Le gusta compartir sus remedios: “Con la baba que sale de este árbol y agua hirviendo se le puede curar esa gastritis”. Es delgada y pequeña, pero cuando cree en algo justo, planta su posición como si fuera un gran árbol de algarrobo, con las raíces bien profundas y el tronco fuerte.

Cuando oscurece, prende una a una las velas de su finca y se sienta mirando hacia el cielo con los ojos negros y grandes. A veces llora cuando recuerda que su esposo ya no está, y otras –muchas– veces se le forman unos deltas en las esquinas de los ojos de tanto sonreír. Podría hablar durante toda la noche acerca de sus caminos y de la importancia de que las mujeres se valgan por sí mismas, por eso es que algunos vecinos no la quieren tanto: los hombres sienten que les quita lo que siempre ha sido suyo.

Cuando doña Milena llegó a Puerto Matilde, tanto ella como su esposo estaban desempleados. Un conocido les aconsejó desplazarse hasta esa vereda, que es el corazón de la Zona de Reserva Campesina en Cantagallo, para trabajar en el negocio de la construcción. Durante el año que estuvieron allí, el esposo de doña Milena se contagió de paludismo en cuatro ocasiones. “Vámonos, hija, porque yo aquí me voy a morir”, le dijo él, y decidieron irse para la finca de un primo de ella en la vereda Lejanías, también en Cantagallo.

Como en toda finca cocalera, doña Milena llegó a cocinarle a un promedio de 20 trabajadores de los que hacía parte su esposo. Entre raspa y cocinada, ambos pudieron ahorrar lo suficiente para dar la cuota inicial de su propia finca: *La Prosperidad*, ubicada en La Floresta, vereda en donde finalizó su caminar por la región.

“Acá anteriormente no teníamos coca, sembramos fue un cultivo de cacao, pero vivíamos de la coca porque raspábamos”, afirma doña Milena, mientras recuerda que luego de estar en las cocinas trabajó como promotora de salud durante tres años para más tarde comenzar a raspar en los cicales.

Sin embargo, las fumigaciones no tardaron en llegar a las plantas de la finca vecina. “Cayó fue todo el veneno al cultivo de nosotros, el de cacao, y a la parte del potrero. Nos mató todo eso”, recuerda doña Milena. Por eso, después de haber perdido lo que habían sembrado, decidieron comenzar con la coca: “Dijimos: vamos a sembrar un cultivito, sembrémoslo”.

\*\*\*

La **dulce** y la **pringa** son los tipos de coca que actualmente se ven en las montañas de Cantagallo, casi siempre juntas, en un mismo cocal. Se hace así porque la primera se raspa cada 45 días y la segunda cada tres meses, dejando como garantía una raspa cada mes y medio.

*“Por acá no han llegado otras cocas que existen, que dicen, dan hasta 70 u 80 gramos por arroba. De eso seguro hay en las grandes zonas coqueras, como el Catatumbo o el Putumayo. ¿Usted se puede imaginar? Ya con un poquito de nada que siembre, el que cultiva ya se ‘lukea’”.\**

\*Intervenciones de Juan, campesino de Cantagallo e hijo menor de Berta. En estos apartados hace un recorrido cronológico referente a la presencia de los distintos cultivos de coca en el municipio.

## **Capítulo 2: La Primera Raspa**

Junto con el sol que se asoma a medias entre las montañas, llega una canoa repleta que se ancla en el Cagüí. De ella bajan quince raspachines que a las 5:30 de la mañana empezarán a trabajar en los cultivos.

Entran a la finca, van a la cocina, se toman su tinto y se apresuran para adentrarse en el cocal. Cada uno toma la mochila que le corresponde, se la cuelga a la altura de la pelvis y se asegura de que esté bien abierta para que las hojas no se desvíen en el camino.

Pisan el primer pedazo de tierra. Acomodan a su lado los costales y se paran frente a la mata. Sus manos, ya manchadas, toman con firmeza la primera rama. Los dedos abrazan el tallo y arrastran, desde lo más cercano a la raíz hacia el exterior, la mayor cantidad de hojas que caen de manera mecánica en la mochila. La mata no sufre: la práctica hace que la fuerza necesaria esté calculada. Arrancan todas las hojas sin hacerle daño.

Desde el amanecer y casi hasta que cae la noche, los raspachines se mueven entre las ramas: golpean con el cuerpo las que tienen detrás y agarran con las manos las que tienen delante. Algunos ya tienen callos en las palmas, otros, los más nuevos, se amarran trapos para que la fricción sea menos violenta.

Esas manos que raspan casi siempre son de hombres, muchas de jóvenes, muchas otras de niños. Las mujeres participan poco en esta actividad, ha sido una labor realizada por varones, trabajadores nómadas, que buscan su sustento entre los lotes ajenos.

Cae el sol, los mosquitos salen, los raspachines se van. Caminan en grupo hasta la cantina de la vereda para levantar cervezas y brindar con las mismas manos que acaban de tallar las matas.

\*\*\*

Barrancabermeja se planta en el horizonte: rectángulos grises y ovillos de humo que se deshacen en el cielo provocan una sensación de ahogo recordándole al espectador que aquel paisaje es la ciudad con la refinería de petróleo más grande del país. En moto, doña Rosa se tarda una hora y media en ir desde su finca, ubicada en la parte alta de la vereda el Trasmayo, hasta *Barranca*.

El sol de mediodía golpea contra el acero brillante de las ollas. La luz se adentra por las aberturas que quedan entre las tablas de madera que sirven como muros en la cocina de doña Rosa. Su rostro aparece deformado en una de las ollas más grandes, la superficie lisa y redondeada refleja unas facciones alargadas acompañadas de un cabello oscuro recogido en una moña. Doña Rosa se gira para buscar un leño y revela que en la espalda, en su camisa blanca, lleva unas letras azules que forman la frase: “¡Vivas nos queremos!”.

Para ella, encender el fogón de leña nunca ha sido una tarea difícil. Desde pequeña, en La Dorada, Caldas, aprendió con su madrastra el oficio de las mujeres campesinas. “Mi papá siempre tuvo finca, y como la labor de la mujer en el campo siempre es en la cocina, me tocó aprender”.

Los troncos de madera seca forman una montaña de medio metro de altura. Apenas doña Rosa deja de remover los leños para escoger los mejores, Camilo, Camila y Camilito se

apresuran a acostarse encima de los que quedan. Los tres gatos se echan juntos: los dos más pequeños se enrollan sobre el más grande y dispuestos a dormir, cierran al tiempo los ojos.

A unos cuantos metros de ellos hay una olla con los trozos de pollo que se cocinan con el guiso. El fogón está en la parte menos iluminada de la cocina, solo las brasas de madera encendida y un fuego que a veces se alza con el cruce de una corriente de aire, interrumpen de vez en cuando las sombras. La olla es pequeña comparada con las que utilizaba cuando cocinaba para 25 o 30 obreros a principios de los 2000, en las épocas de raspa cuando la coca ahogaba las montañas de Cantagallo.

\*\*\*

### *Año 1991 - El Cagüí, Cantagallo*

En las madrugadas de la primera mitad de los años 90 las tiendas del Cagüí abren mucho antes de que amanezca y muchísimo antes de que las canoas se anclen en tierra firme para que descendan los obreros. Les ofrecen cerveza, café, gaseosa y mecato, sin embargo, son pocos los que paran a comprar algo, la mayoría pasa de largo caminando en una o dos manadas: se dirigen a la finca que les corresponde, donde los está esperando el tinto de la mañana.

La yuca entapizada de tierra, la papa arrancada con fuerza y el plátano protegido durante meses con bolsas de plástico ya no son cultivos rentables. Tubérculos, verduras y frutas, provenientes de otros países, comienzan a entrar a Colombia sin pagar aranceles, adquiriendo así un precio mucho más económico con el cual el campesino no puede competir.

La apertura económica, impulsada por el presidente César Gaviria Trujillo, dejaba ya en evidencia la inminente desprotección que sufriría el campo, no solo en Cantagallo, sino en



todo el país. Así lo define Aura Isabel Nájar, en su texto *Apertura económica en Colombia y el sector externo (1990-2004)*: “(...) los bienes importados finales e intermedios desplazaron la producción nacional, que condujo a pasar de un superávit en 1991 de US\$2.346,7 millones a un déficit en 1993, en la cuenta corriente de la balanza de pagos de US\$2.220,9 millones”. Una desprotección que llevaría al campesinado a dedicarse únicamente a la economía cocalera.

Los dueños de las tiendas del Cagüí ven pasar más obreros cada día, son testigos de cómo se incrementa el movimiento en la región, de cómo ya no está funcionando una sola línea fluvial cada dos días, sino dos diarias.

Cuatro años fueron suficientes para que las estadísticas graficaran en sus tableros una línea disparada hacia arriba como evidencia del aumento de los cultivos de coca en la región. Según el economista Joaquín Vilorio, en su texto *Economía y conflicto en el cono sur del departamento de Bolívar*, entre 1991 y 1994 esta zona registró una disminución de los cultivos en un 60%, con un posterior crecimiento de un 200% entre 1995 y 1998, siendo este último año el de mayor auge cocalero, hecho que coincide con la llegada de los grupos paramilitares a la región.

Según Pedro Arenas, director del Observatorio de Cultivos y Cultivadores Considerados Ilícitos –OCDI, tal incremento en los cultivos puede entenderse desde tres puntos: en primera instancia la ya mencionada apertura económica y, junto con ella, la desaparición de la institucionalidad del sector agropecuario. “Fue el fin de lo que conocimos como la Caja Agraria, el Instituto de Mercadeo Agropecuario y el Instituto Colombiano de Reforma Agraria; una serie de instituciones que durante los pasados 30 años habían apoyado a la economía campesina”, afirma Arenas.

Por otro lado, al ser estos los años en los que los carteles del narcotráfico se afianzaron, Colombia dejó de ser el país en el que solo se cristalizaba, pues “los grandes narcos que compraban la pasta base en países como Perú o Bolivia —y que en Colombia solamente procesaban la cocaína pura—, para la década de los 90, con los carteles de Medellín y Cali,

popularizaron el cultivo de la hoja dentro del país”. Finalmente, Arenas menciona, como tercer factor, el hecho de que para 1994 se iniciaron las fumigaciones en zonas como el Guaviare, Caquetá y Putumayo, los lugares del país en los que se concentraba la mayor cantidad de cultivos, lo que desencadenó que los mismos empezaran a correr de un lado para otro dentro de Colombia. “Antes estaban situados en unas cuantas partes del país, a lo sumo cuatro departamentos, pero después de que se empieza a atacar con este mecanismo, la coca se riega por toda Colombia llegando a zonas como el Magdalena Medio”.

Las montañas de Cantagallo se llenan de zanjas listas para recibir las semillas de pringa que tratan de reemplazar a las de peruana. La producción interna de alimentos cae mientras el cultivo de coca sube. El precio de la pasta base aumenta y con éste aumentan las hectáreas cultivadas. “La bonanza de la coca en ese tiempo es por el auge del narcotráfico, del paramilitarismo y de carteles como el de Pablo Escobar: el precio se disparó. El gramo de pasta base costaba, para ese ese entonces, alrededor de 2800 pesos, una arroba de hoja de coca: 150 mil pesos, y un recolector podía recibir al día entre 150 y 200 mil pesos”, afirma Leonor Zape, lideresa de los campesinos cocaleros de la Cumbre Agraria, Campesina, Étnica y Popular.

\*\*\*

*Año 1999 - Cimitarra, Santander*

Doña Rosa tiene listo el almuerzo siempre a la misma hora. Los cinco obreros a los que les cocina comentan entre ellos el buen sabor de su comida. Ella los observa comer, observa la finca, el pasto y el ganado. La atmósfera de mediodía le recuerda mucho a la finca ganadera que tenía su papá. En ese momento doña Rosa ni se imagina que al año siguiente estará pisando Cantagallo para trabajar, ya no en una finca ganadera, sino en un cocalera. No se imagina que dejará de ganar 100 mil pesos mensuales para ganarse 300 mil.

\*\*\*

*Año 2000 - Cantagallo, sur de Bolívar*

El viento frío y la luz de la madrugada acompañan la llegada de esa mujer de cabello oscuro y figura de veinteañera. Con su compañero, doña Rosa pisa por primera vez el sur de Bolívar. El río Magdalena imponente, pero sereno, parece mostrarle el preámbulo de lo que será su vida a partir de ese momento. “Yo entré con una señora amiga mía, ella fue la que me dio trabajo cocinándole a los obreros”, recuerda. Durante un año fue cocinera en la finca que la recibió, para luego convertirse, con toda su familia, en nómada: su compañero y su hijo serían raspachines, y ella cocinaría en las fincas en las que ellos trabajaran.

La coca les daba de comer a casi todos los campesinos de la región, por eso las matas eran comunes en todas las veredas. Para el año 2001, según el *Atlas de la Caracterización Regional de la problemática asociada a las drogas ilícitas en el departamento de Bolívar* (2016), los municipios con mayor presencia de cultivos de coca eran Santa Rosa del Sur, Simití y Cantagallo, con un área de siembra mayor a ocho hectáreas por kilómetro cuadrado.

A partir de ese momento, y durante los ocho años siguientes, doña Rosa pudo ver desde las cocinas el paso del tiempo: a los niños recolectores que se hacían adultos con cada cosecha, a los hombres que cada vez necesitaban amarrarse menos trapos en los dedos y a sus hijos que dejaron de jugar para dedicarse a trabajar.

Cada uno de esos días, en los que se volvía ‘guisa’ con cada raspa, doña Rosa se levantó sin falta a las 3:00 de la mañana, cuando aún no había ni una sugerencia de sol. El agua gélida le chorreaba por el cuerpo, pero ella anulaba el frío haciéndose consciente de que esa era la única hora en que podía bañarse porque si lo hacía luego de haber inhalado humo y haber estado cerca del fogón, según lo que le había enseñado el campo, podía enfermarse.

Esas mañanas aclaraban con olor a café. Junto con un murmullo de voces graves, se acercaban a la cocina los rostros varoniles, coloreados de azul por la tenue luz de la madrugada. El tinto estaba listo, el fogón encendido y ella, sentada en el cadáver del tronco de un árbol, esperaba. Siempre buscaba entre esos rostros el de su esposo y el de su primer

hijo varón. Ya con doce años, Luis sabía cómo tratar la coca, cómo sembrarla y cómo rasparla.

Durante esos mismos días, Jessica, su hija, madrugaba casi tan temprano como ella para aprender el oficio femenino: con cada comida servía delicadamente la sobremesa a los obreros y cada tanto barría, con una escoba más alta que ella, el polvo y la basura que entraban a la cocina. Doña Rosa cocinaba entre las conversaciones con ella y los comentarios de los obreros: “Rosa, a mí me gusta trabajar donde usted trabaje”, le decían complacidos.

Las cocinas y los obreros eran diferentes con cada raspa. Cada dos meses que se daba la cosecha, la finca y la gente con la que trabajaba era distinta. “Parecíamos gitanos, siempre estábamos yendo de un lado a otro, había trabajo muy seguido y nosotros teníamos que estar en la finca donde hubiera raspa”. La familia entera tuvo por casa muchos lugares. Vivieron en la finca de cada patrón dueño del lote que se estuviera raspando.

Pero, aunque la cocina era distinta cada tanto, la rutina era siempre la misma: desde temprano en la mañana, hasta tarde en la noche, doña Rosa caminaba la cocina. A veces la rutina se desvanecía cuando debía hacer diez platos más para la guerrilla que iba a pedir comida. Pero si eso no ocurría, era siempre lo mismo. Cuando los raspachines se iban ella se quedaba dejando todo listo para el día siguiente: la papa sin cáscara, la yuca bien lavada y las ollas relucientes, cada una en su lugar. Su esposo y su hijo la esperaban sin protestar.

Con la cocina lista y la luz de la tarde reforzando las sombras de los rostros, ella y su esposo se dirigían a cobrar el jornal. Ella, los 8 mil pesos que le pagaban por día. Ellos, –cada uno– sus 25 mil pesos diarios. Con esos jornales pudieron ahorrar y comprarse su propia tierra, construir una finca y mensualmente tener comida suficiente para vivir bien con sus tres hijos.

“Las comunidades han obtenido grandes beneficios a partir de los cultivos de coca: han construido escuelas, puentes, vías carretables. Han podido hacer presencia donde el Gobierno no lo ha hecho”, afirma Leonor Zape, lideresa cocalera de la Cumbre Agraria.

\*\*\*

El sol se pone junto a la montaña en la que se encuentra la finca de doña Rosa. Hacia un costado el río Cimitarra y el Magdalena se entrelazan para formar el Valle del Río Cimitarra. Anochece y junto con la luna se descubren cientos de luces que forman el horizonte: se refleja Barrancabermeja a la orilla del Magdalena, ya no como rectángulos grisáceos, sino como estrellas artificiales en la distancia.

El clima estuvo frío, “hoy era el día perfecto para sembrar coca”, dijo La Mona, la compañera de uno de los hijos de doña Rosa. Las libélulas parecen danzar con prisa, los loros chillan despidiendo al sol y la madera estalla ruidosa acompañada con el sonido de las aves.

Él, recostado en la hamaca, ella, en una de las sillas del comedor con un trozo de papel y un lápiz en la mano. Realizan juntos las cuentas de lo que significaría dedicarse al cultivo de algo distinto a la coca.

—¿Y si sembramos yuca? —, le dice ella.

—Tendríamos dos opciones: que alguien nos la compre acá en la vereda o sacarla hasta Barranca.

—No. Acá nos la compran a 70 mil pesos para ellos después venderla en Barranca a más de 100 mil. ¿Cuánto nos están quitando? Nosotros que pusimos los obreros y la comida—. Suelta el lápiz y apoya la cabeza en su mano derecha.

—Sacarla a Barranca no es fácil, usted sabe que tiene que ser por el Magdalena o por tierra, y que cobran el flete a \$3.500 por arroba, más los pasajes de uno.

—Un bulto de yuca son ocho arrobas, o sea 28 mil pesos de flete, más 50 mil de pasajes ida y vuelta. Nos gastaríamos casi 80 mil solo sacándola.

—Para venderla en Barranca a 100 mil pesos, eso no sale, *mita*. Sino es que llega negra y no nos la compran.

—Por acá no hay otra forma de vida que no sea esta, con la coca.

El viento hace temblar las matas en el cocal, pasa lento por cada una de ellas como si supiera que merecen ser acariciadas en ese instante. La coca le da al campesino lo que ningún otro cultivo podría darle. Una arroba de coca dulce se vende en 12 mil pesos y una arroba de coca pringa en 24 mil. Si se cosechan de cada una entre 5 y 7 arrobas la ganancia ronda los 300 mil pesos diarios.

Doña Rosa ya no puede acariciar esas matas. Si las acariciara ahora, como lo hace el viento, empezarían a picarle las manos. “No sé por qué será, les tengo alergia”, dice. Parpadea a veces con fuerza como si tratara de apartar alguna niebla de sus ojos, “estoy enferma de ‘las vistas’ y eso sí sé por qué, seguro por cocinar toda la vida con leña” y mientras lo dice, Firulais y Trump, sus dos perros, se le enredan en las piernas, como si se despidieran antes de irse a dormir.

### **Capítulo 3: La Segunda Raspa**

A doña Milena le cayó el veneno desde el cielo. Fue una mañana cuando aún trabajaba como raspachina en los cultivos de don Hernán, que era vecino suyo en la vereda La Esperanza, de Cantagallo. Había llegado bien puntual a las 5:00 a.m para que, como de costumbre, le

rindiera el día antes de que el sol le azotara la espalda. Generalmente su esposo raspaba en la sección del lado, junto a ella, para poder completar las nueve o diez arrobas que recogían diariamente entre los dos. Así era esa mañana: con el viento matutino que anunciaba el sol, sus manos envueltas en trapos para cumplir la jornada y con un cocal por delante.

Mientras doña Milena estaba frente a la mata, arrastrando hacia ella las hojas, un zumbido se comenzó a acercar desde el otro lado de la montaña. Los raspachines que se encontraban cerca se miraron y por un momento detuvieron la raspa para mirar el cielo. El sonido se hizo más fuerte, al tiempo que en el horizonte se comenzó a aclarar la silueta de una avioneta blanca, similar a las que ya habían recorrido el Valle del Río Cimitarra un par de veces. En menos de diez segundos había descendido lo suficiente como para ver a la persona que se encontraba adentro, como para ver que no se trataba de un sobrevuelo más.

En sus ojos el sol se había eclipsado con la forma de la avioneta, todos se quedaron inmóviles y entonces pareció que llovía. El veneno salió a chorros, bañándola a ella y a sus compañeros, así como a las plantas, la tierra y cualquier cosa que el líquido alcanzara. “Ese veneno lo coge, siente uno rasquiña y que le va quemando la piel”, recuerda doña Milena que tuvo que salir corriendo hacia la finca para resguardarse.

Como el ardor aumentaba, corrió con su esposo hacia su finca que quedaba apenas a cinco minutos, se bañaron y se restregaron bien para que saliera todo el veneno: “A nosotros nos tocó correr, venimos, no seguir raspando y bañarnos, porque eso produce una sarna que le queda a uno en la piel, ese glifosato”.

\*\*\*

La primera fumigación aérea con glifosato en Colombia se llevó a cabo en 1978, sin embargo, fue con la llegada de El Plan Colombia en 1999 que los recursos destinados para los programas de erradicación aérea aumentaron más del 50%, incrementando así la intensidad y frecuencia de las fumigaciones. Para el 2003 ya había 35 aviones descargando glifosato sobre el territorio colombiano, y no 22 como en el 2001.

A mediados de esta década se generó una discusión de orden internacional con respecto al uso de este químico. Las marchas cocaleras (2007-2008) realizadas en departamentos como el Meta, Nariño y Putumayo, fueron protagonizadas por más de 8 mil campesinos y ejercieron presión sobre el gobierno de Álvaro Uribe Vélez que se limitó a señalar que los campesinos protestaban por órdenes de grupos insurgentes.

Sin embargo, los reclamos de los campesinos se basaban en las afectaciones negativas que tenía el glifosato en todos los cultivos, así como en la contaminación de la tierra y las fuentes hídricas. Así mismo, exigían el mejoramiento de las condiciones de vida en el campo para obtener su sustento económico a partir de otra actividad.

La mayoría de los campesinos de Cantagallo recuerdan que la primera fumigación ocurrió entre los años 2000 y 2001. A partir de ese momento tienen presentes otras diez u once fumigaciones que se llevaron a cabo hasta el 2015, cuando fue prohibida esta práctica en Colombia.

La prohibición se dio luego de que el Ministerio de Salud se lo solicitara al Consejo Nacional de Estupefacientes, debido a que ese mismo año el Centro Internacional para el Estudio del Cáncer agregó este químico a la lista de sustancias probablemente cancerígenas.

\*\*\*

La finca de doña Milena tiene las paredes de cemento, excepto la cocina que es toda en madera. La fachada está junto a la trocha principal que va desde Lejanías hasta Cuatro Bocas, el mismo camino que se utiliza para llegar a Barranca. A uno de los costados pasa la quebrada que forma los charcos en donde se baña cuando quiere estar sola. Además del potrero, los primeros cultivos que tuvo fueron de yuca y mucho cacao, ni una sola mata de coca. Sin embargo, su finca estaba rodeada de los cicales vecinos en los que jornaleaba durante la semana.



La segunda vez que vio pasar la avioneta, el químico terminó sobre un cultivo vecino ubicado en la parte de atrás, sin embargo, fueron los suyos los que pagaron las consecuencias del veneno. “Como el aire se lleva el veneno y no cae directamente a los cultivos, entonces cayó fue todo el veneno al cultivo de cacao y a la parte del potrero, nos mató todo eso”, recuerda.

A pesar de que la finca de doña Milena estaba libre de coca, el glifosato dañó todo. La tierra quedó llena de veneno, así como la quebrada que estaba junto a su casa. Los campesinos que padecieron las fumigaciones afirman que se hicieron de manera indiscriminada en todos los cultivos, y que, aunque solo se fumigaran los cicales, el viento llevaba el veneno a los demás.

Ese también fue el caso de doña Rosa que, luego de que le hubieran fumigado las matas de coca, decidió sembrar dos hectáreas de cacao. “Yo le dije a mi compañero que no bregáramos más con esa coca, que mejor sembráramos chocolate”, dice. Apenas iba a recoger la cosecha, fumigaron: “Volvió otra fumigación, dos seguidas, y nos mataron las maticas. Por fumigar los otros cultivos de los vecinos ahí lo fumigaban también a uno. Fumigaron el chocolate, el plátano, el aguacate, teníamos árboles frutales y todo eso se murió”.

Según Andrés Molina, en su tesis de maestría en Geografía desarrollada en 2012 y llamada *Cultivos de uso ilícito y dinámicas territoriales: análisis de los municipios de San Pablo y Cantagallo Sur de Bolívar Colombia*, en esta región “las fumigaciones de glifosato iniciadas en 2001 no solo destruyen la coca, sino que adicionalmente afectan diferentes cultivos de alimentos, pastos, selva y cuerpos de agua. Un ejemplo de esto son las primeras fumigaciones en donde fueron envenenadas 1439 hectáreas, de las cuales solo 516 correspondían a cultivos de coca”.

Estas cifras confirman que los cultivos de coca no fueron los principales afectados por el veneno, sino que, en su mayoría, lo fueron las tierras destinadas a otros usos. El glifosato terminó incentivando el cultivo de coca, puesto que dejaba tierras poco fértiles que imposibilitaban el crecimiento de los alimentos que había antes.

Según Leonor Zape, “a finales de los noventa nuevamente fumigaron los cultivos y en consecuencia la gente que no cultivaba coca, sino que tenía pancoger, debido a que les fumigaron sus potreros, vieron una alternativa en seguir cultivado hoja de coca, entonces los campesinos reemplazaron el 90% del pancoger por ese cultivo”.

El cacao de doña Milena ya estaba envenenado y aunque sembrara de nuevo, dice la tierra ya estaba mala, que nada crecía. Los cicales de sus vecinos sufrieron menos, en la mayoría de los casos, luego de cortar las partes más expuestas de las matas, se ponían más verdes, más grandes. “Con las fumigaciones se morían los alimentos, pero a la coca no le pasaba nada porque se cortaba con un machete y ella volvía y nacía y a los cuatro meses ya uno estaba raspando”.

\*\*\*

Doña Milena estuvo de raspa en raspa junto a su compañero durante tres años. A las 3:00 a.m. ya estaba de pie para preparar el desayuno y el almuerzo de sus cuatro hijos y llegar con tiempo a la otra finca. Como no tenían reloj, antes de irse ella les mostraba una rendija de la madera por donde se colaba la luz. “Yo les mostraba el rayo del sol y les decía que cuando el rayo cayera ahí ya era medio día, pa’ que almorzaran”, recuerda. Les dejaba listo todo para que no tuvieran que prender el fogón, incluso la colada del bebé para que la mayor de sus hijas se encargara de dársela.

Los niños siempre asistían a la escuela de la vereda cuando había profesores, sin embargo, esto no sucedía muy a menudo, pues según doña Milena los maestros que iban eran de la diócesis, no departamentales y “se estaban dos o tres meses y ya, no se quedaban, entonces los niños no podían estudiar más”.

Para doña Milena, la jornada terminaba cuando recogía las cuatro arrobas, con el sol aún brillando sobre la Serranía, casi siempre a las 4:00 p.m. En la cocina de la finca reclamaba su comida, recordándose a ella misma tras las ollas, pues en ocasiones sus manos no olían a coca, sino más bien a ajo, pollo y aguapanela. Junto a su esposo y con la comida ya empacada,

se iban rápido para la casa. Ya en la finca, cuando sus hijos habían comido, entraban ella y su esposo a la cocina a preparar la comida de ambos.

Los días en los que no trabajaba los pasaba en la finca cuidando sus yuqueras y cultivos de cacao. Sin embargo, todo se murió cuando fumigó la avioneta. Con su tierra envenenada y con pocas opciones de estudio para sus hijos, doña Milena, que ya estaba embarazada del quinto, decidió irse a Barrancabermeja junto a su familia. “A veces veníamos a darle vuelta a la finca y ya con mi compañero dijimos: vamos a sembrar un cultivito, sembrémoslo, y sembramos el cultivito”.

\*\*\*

Para doña Milena sembrar coca no fue difícil, pues es similar a casi cualquier otra labor agrícola. Así como por cada hectárea de cacao se deben despejar dos de monte, para una de coca deben ser cuatro. En su caso, que apenas era media hectárea, tuvo que despejar dos a punta de pica y pala junto a su esposo. Apenas un año después ya estaría raspando en su propio cultivo, recogiendo la pringa y la dulce, cada una en ese orden, por separado.

Para mantener las matas en buen estado, doña Milena las fumigaba regularmente con herbicidas, fertilizantes y pesticidas. Según la tesis de Andrés Molina, durante los primeros cinco años el cultivo de coca demanda el uso de agroquímicos 1,7 veces más que el de cacao. “Es mentira que un campesino se enriquece con la coca, a eso hay que echarle mucha cosa y trae muchos gastos. Eso de pronto es para los que tienen mucho sembrado”, dice ella.

Los medios de comunicación han replicado en el imaginario colectivo la idea del campesino cocalero como una persona que se lucra con la siembra de las plantas, que es casi equiparable a un narcotraficante. Sin embargo, Pedro Arenas, director del Observatorio de Cultivos y Cultivadores Considerados Ilícitos –OCDI, afirma que “al igual que con el café o el cacao ellos no reciben un buen pago y solo les retorna menos del 0,4% del valor final del producto, por lo que no pueden ser catalogados como narcotraficantes. A eso se suma que meterlos presos no acaba con esa actividad”.

La política pública nacional de tratamiento para los pequeños cultivadores de coca contemplaba una pena de seis a doce años para cultivos entre 18 y 38.000 metros cuadrados, teniendo en cuenta que una hectárea equivale a 10 mil metros cuadrados.

Es decir, con la media hectárea (5 mil metros cuadrados) que doña Milena sembró, se enfrentaba a una condena mínima de seis años, no excarcelable puesto que las penas menores a cuatro años son las únicas con este carácter.

Sin embargo, con la firma del Acuerdo de Paz con las Farc, en el 2016 se estableció un tratamiento penal diferenciado para los pequeños agricultores que hayan estado vinculados a los cultivos de uso ilícito y a sus actividades conexas, siempre y cuando manifestaran el interés de sustituir y cumplieran con el procedimiento.

\*\*\*

El cacao, las yuqueras y las plataneras comenzaron a perderse en las montañas luego de la primera fumigación. Pronto, doña Milena sería testigo de cómo algunos de sus compañeros de raspa se unían a las filas de los grupos armados. A falta de matas para raspar y de tierra para cultivar, el fusil fue una opción recurrente.

Las fumigaciones implicaron escasez de alimentos y de trabajo en la raspa, desencadenando que algunos campesinos migraran hacia las ciudades y otros buscaran nuevas fuentes de ingresos económicos. Doña Teresa, campesina de la región, afirma que “después de las fumigaciones los muchachos que raspaban quedaron sin trabajo, muchos se fueron para las ciudades, se metieron a los paramilitares o se fueron para los grupos de la zona, para la guerrilla. Eso ocasionó en las familias un quiebre”.

A unos 30 minutos de la vereda El Trasmayo hay una montaña que los mismos campesinos comparan con una pared: Morro Cilindro. Su nombre retrata, tal vez, una de las épocas más

oscuras de la región en las que los combates comenzaron a ser constantes y las detonaciones, de uno y otro bando, ocurrían a cualquier hora.

El Bloque Magdalena Medio de las Farc y el Frente José Antonio Galán del ELN ya hacían presencia en la región desde los años setenta. En este territorio, la relación entre ambas insurgencias era de mutua colaboración, no había enfrentamientos. Sin embargo, para mediados de los noventa llegarían allí las estructuras paramilitares. En un primer momento ingresaron las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá –ACCU– y unos años más tarde, en 1999, el Bloque Central Bolívar de las Autodefensas Unidas de Colombia –AUC– que estuvo presente hasta el 2006, año en el que culminó el proceso de desmovilización de esa organización con el Acuerdo de Santa Fe de Ralito.

La llegada de los paramilitares significó el comienzo de una etapa de constantes enfrentamientos entre los actores armados para disputar el control de la región. El incremento de la violencia se puede evidenciar en las cifras presentadas en el documento *Economía y conflicto en el cono sur del departamento de Bolívar*, realizado por Joaquín Vilorio de la Hoz: entre 1994 y 2006 fueron expulsadas 23.393 familias del Magdalena Medio, de las cuales el 63,4% “provenían de siete municipios: Barrancabermeja, San Pablo, Yondó, Tiquisio, Aguachica, Cantagallo y Santa Rosa del Sur”.

A partir de 1998 los cultivos de coca comenzaron a aumentar rápidamente, coincidiendo con la llegada de estos grupos paramilitares. Según de la Hoz, “en 1999 y 2000, años del auge cocalero, es evidente el dominio paramilitar en la zona y el repliegue de las guerrillas a zonas apartadas de la serranía de San Lucas”.

Sin embargo, los grupos paramilitares no lograron consolidar bases en la región. Los combates aumentaron a principios de los años 2000, siendo 2000 y 2001 los años en los que se produjo el mayor número de desplazados en el sur de Bolívar, según datos de ese mismo documento.

Uno de los episodios más memorables es justamente el de Morro Cilindro, que durante esa época sirvió como retaguardia para las insurgencias. Organizadas, emprendieron un operativo en el año 2001 para expulsar a los paramilitares que se encontraban en la parte baja, en la ciénaga San Lorenzo de El Trasmayo: los expulsaron con rafagas de plomo y explosiones. Luego de las detonaciones que interrumpieron el silencio de esa noche, la montaña fue bautizada por los campesinos con el nombre que lleva actualmente.

La relación grupos armados-cultivos de coca no fue homogénea. Las insurgencias, por ejemplo, se limitaron a cobrar impuestos a los compradores que venían casi siempre desde afuera. Así mismo, regularon las dinámicas comerciales en su totalidad, sin dar instrucciones al campesino de cómo cultivar, sino de a cómo, a quién y dónde vender.

\*\*\*

Año 2000

La Serranía se ve uniforme. Donde había yuca ahora hay coca y las pocas vacas que quedan se desplazan entre las matas. La coca se tragó las montañas y ahora las pinta de verde explosivo. Para este año, los cocales aumentaron en un 200% en comparación con los de mediados de los noventa.

Antes de que las tierras de Cantagallo comenzaran a oler a glifosato, olían a peruana: la primera coca, pero la más débil. Luego llegaron las otras: amarga, dulce y pringa. Después los campesinos recuerdan diez fumigaciones y dos erradicaciones manuales. Para el 2007, según Molina, “mientras en Bolívar por cada hectárea erradicada manualmente se fumigaron 13,7 hectáreas de coca, en Colombia la relación fue de 1 a 2,3 hectáreas”

—Buenos días, ¿Con qué les puedo ayudar?

—Buenos días señora, somos el Ejército Nacional. Desde hace varias semanas estamos llevando a cabo un operativo de confrontación en la zona, combatiendo a las Farc-EP. No hemos comido desde hace varias horas y ya los muchachos tienen hambre, ¿Será posible que ponga otros diez platos en la mesa?

Con el glifosato y el sonido de los aviones se incrementó también el de las balas. Según Cristina Acevedo, una campesina que ha vivido en la región desde hace más de 20 años, “las fumigaciones siempre venían con Ejército y las erradicaciones también: erradicadores y Ejército”.

Es el año 2000. Las noches, entre cigarras y leña, ahora también se acompañan del sonido de los helicópteros como presagio de los combates. El Ejército se constituyó como un nuevo actor armado en el territorio, aumentando la intensidad y la frecuencia de los disparos y de las bombas. La presencia del Ejército estaba en el paquete del Plan Colombia, pues además de impulsar la erradicación aérea, hizo énfasis en el incremento de recursos para fortalecer las fuerzas militares.

Según doña Milena, “la coca siguió y siguió y sigue subsistiendo y sea como sea, así viniera el Ejército y la arrancara hoy, mañana volvían y sembraban, así sucesivamente ha seguido y ha subsistido esto”.

Doña Milena regresó a su finca luego de que su esposo muriera en un accidente. El paisaje era distinto: cicales más pequeños y potreros grandes que junto con el rastrojo diferenciaban el paisaje cocalero que había dejado años atrás. Con seis hijos y una finca que mantener, la raspa de sus matas le ayudó a completar lo de la comida, el colegio y demás necesidades, con cinco arrobas de pringa, más seis arrobas de dulce, ya tenía 350 mil pesos.

\*\*\*

Año 2018

Doña Milena recorre la carretera principal de la vereda y llega hasta la parte alta de Lejanías, la vereda contigua a la suya. La coca se asoma entre los platanales y los potreros. La mata que ya probó el glifosato y la mano que arranca, continúa creciendo en las laderas de las montañas escondidas y dando a los campesinos la posibilidad de vivir en el campo, de vivir

bien. “Muchas veces siembran y siembran y el Gobierno arranque y arranque y sin ver ninguna ayuda, nada”, dice

En el 2016, con la firma del Acuerdo de Paz se propuso la creación del Programa Nacional Integral de Sustitución de Cultivos de Uso Ilícito –PNIS– que contaría con dos enfoques: la sustitución voluntaria y la erradicación manual forzosa realizada por el Ejército.

Sin embargo, a finales de junio de 2018 el entonces presidente electo Iván Duque anunció que se reactivarían las fumigaciones aéreas con glifosato luego de tres años de suspensión. Las discusiones acerca de las consecuencias de esta práctica continúan igual de vigentes que en el 2015, y a esto se suma la preocupación de quienes se acogieron al PNIS y que esperan vivir de otro cultivo, cosa que no sería posible si se llegara a fumigar.

En la finca de doña Milena no hay solo coca. Como le gusta la medicina tiene plantas con las que cura a sus perros y a sus hijos cuando se enferman. Todas las mañanas sale a su patio y alimenta a sus pollos, dándole la cara a la montaña detrás de la que están sus otros cultivos. “Yo tengo yuca, tengo platanito, muchas cositas tengo en la casa. Tengo mi potrerito, yo soy la que lo rozo, la que tiro alambre”.

Doña Milena aún recuerda la sensación de la lluvia química sobre su cuerpo y el sonido de la avioneta cuando planea a unos pocos metros de la tierra. Recuerda el olor del glifosato y el traquear de las hélices de los helicópteros en los que llegaban los militares. Recuerda con los ojos puestos en las imágenes del pasado, y con la intención de que se queden allí, así como la coca: que pronto sea solo un retrato a través del cual se mira al pasado, y no sale de allí.



## Capítulo 4: El Quimiqueo

El sol se puso hace ya un par de horas, las luces de las velas comienzan a iluminar las sombras, y los neones distantes que se ven a la orilla del Magdalena se vuelven más brillantes. Desde la vereda El Paraguas, uno de los sitios más altos de Cantagallo, parece que la oscuridad ruge con la fuerza de un valle inmenso y aparentemente silencioso.

Una mecha alumbra las tablas de madera y hace titilar de clarooscuro la silueta de doña Marta que pica en trocitos el tomate y la cebolla, sin botar ni una lágrima, pues los años le enseñaron a contenerlas. A unos metros de ella, las paredes son de aire y el techo, una plataforma de madera que a veces sirve de cama. Allí las sombras se ven suspendidas por la luz de una linterna.

Cuatro costales llenos de hojas de coca esperan acostados en el suelo. Don Julio se agacha y rodeando uno de ellos con los brazos, lo levanta. Les asiste Carlitos, el hijo adoptivo de un vecino, y ambos enganchan el costal en una báscula colgante, de esas que hace años se encontraban en pequeños supermercados y carnicerías de barrio.

Carlitos toma la linterna y apunta a la circunferencia metálica, similar a un reloj, que arroja el peso del primer costal: 90 kilos que serán la guía para realizar los cálculos al momento de preparar las cantidades de los demás elementos que se usarán para el quimiqueo.

El costal de nuevo en el piso. Todo campesino que quimiquea sabe casi de memoria el ‘ritual’. Sabe, sin dudar, que de 300 kilos de hoja de coca se obtiene aproximadamente 1 libra de pasta base. Con esto en mente, Carlitos suelta la linterna, ambos bajan el costal de la báscula y abren uno de sus lados. Don Julio toma con ambas manos las puntas opuestas y sacude con fuerza el saco para liberar en el suelo las hojas de coca. Un tapete verde, que se torna negro en las sombras, inunda la ‘cocina’.

Al vaciar el cuarto costal, más de la mitad del suelo está tapizado de verde. Después de cortar las legumbres, Marta sale de su cocina y entra en la de su compañero. Al instante se quita las botas y une las plantas de sus pies con las hojas regadas. Va de un lado a otro pisando firme, “esto es como bailando vallenato”, dice. Carlitos y Julio se unen al baile y de a poco los tres van quebrando las hojas, haciéndolas con cada paso, más y más pequeñas.

Terminado el baile, y habiendo descansado unos cinco minutos, Julio enciende la guadaña y el ruido que hace fragmenta el silencio. La navaja de la máquina pasa de derecha a izquierda sobre el tapiz de hojas que se convierte de a poco en un polvillo grueso.

Carlitos recoge la mayor cantidad de hoja triturada y la deposita en un recipiente ancho y elevado, de aproximadamente un metro de altura. Cuando termina, les agrega agua y sal para que más tarde sea Julio quien añada el cemento y comience el proceso de mezcla para sacar el alcaloide.

Las sombras se hacen cada vez más intensas y la linterna se vuelve indispensable. Algunas luciérnagas brillan intermitentes, los mosquitos persiguen la luz que tiene Carlitos en la mano y de vez en cuando, de manera sutil, los grillos y las cigarras funden su canto con las conversaciones que surgen entre ellos. “Mire esta hoja, ¿sí ve esto blanquito? Lo único que realmente importa son estas dos líneas blancas que se ven. Todo esto que hacemos es solo para sacar esas dos rayitas”, le dice don Julio.

Con las botas ya puestas, Marta pone a hervir agua en la otra cocina y con el martillo parte la panela en dos trozos grandes. El proceso que iniciaron desde hace una hora no acabará pronto, por lo que se dispone a preparar un *algo* para calmar el hambre y el cansancio.

Don Julio conversa con Carlitos mientras añade la gasolina y el cemento al recipiente como si se tratase de medidas aleatorias. Le pide a Carlitos que le alcance uno de los palos largos que está recostado en una de las vigas de madera. En círculos, hasta el fondo, alternando las manos, derecha, izquierda, derecha, izquierda revuelve la mezcla y parece no cansarse. En medio del olor a gasolina don Julio toma una manguera pequeña y mete uno de los extremos en el líquido, mientras que el otro lo pone en su boca y absorbe con fuerza para luego soltar, en un recipiente distinto, el extremo del que empieza a chorrear la ‘perga’: el permanganato que debe ser apartado de la mezcla inicial. Luego vierte el líquido en una de las ollas que Marta utiliza para cocinar el almuerzo. La toma con cuidado y después de ocho pasos, llega a la cocina para ponerla en el fogón de leña.

Con este proceso, que podría tardar aproximadamente diez horas, se busca obtener una pasta blanca compacta: la pasta base de cocaína, que no es la cocaína pura. La cadena de producción no termina en la ‘cocina’ de don Julio ni en la de Marta. La pasta que de allí se obtiene será llevada a un ‘laboratorio’, si se quiere, más sofisticado: con químicos distintos, filtros de pureza y hornos microondas. Allí, en el ‘cristalizadero’, culmina el proceso de la cocaína.

La oscuridad ha invadido por completo todos los vértices de las paredes de ambas ‘cocinas’. Las tres tazas en la mesa, cada una con un último sorbo en el fondo, en el que nadan diminutos cristales de panela, son recogidas por Marta. A unos metros de allí, en una mesa muy similar, cinco rectángulos blancos y macizos, son empacados en papel transparente por las manos de don Julio.

\*\*\*

Dos trenzas largas y oscuras, a lado y lado del rostro de Berta, se resisten a ser deshechas por la fuerza del agua del río. La mujer, que acumula en su rostro tantos pliegues como momentos en los riachuelos, sonríe y recuerda con facilidad, como si ambas fuesen acciones vitales. Con un gesto alegre se refiere así a las memorias de lo que ha sido su vida: “¡Si yo le contara! Tengo *toodo* guardado en el *celebro*”.

En Yacopí, entre los cultivos de caña, yuca, plátano y arroz de su niñez, las manos de Berta aprendieron el oficio campesino desde la voz de su padre. Unas manos lisas y diminutas, contrarias a como lucen ahora, limpiaban el pasto y la caña, clavaban las cercas, ‘burreaban peinilla’ y sembraban yuca. “Mi padre me enseñó a trabajar, a ganar el jornal, ¡Yo he sido trabajadora: jornalera!”, dice y pisa la piedra más grande de la orilla. “Yo no estudié sino un segundo de primaria, quinto lo hice ya después de vieja a ver qué podía hacer y no pude hacer nada. Mire donde estoy, bregando todavía...”, y sale del río sin dificultad.

Berta pisó por primera vez las montañas de Cantagallo en 1993 por cuenta de su hermano y sin su familia. Durante este tiempo los cultivos de coca en Colombia comenzaban a ascender en las estadísticas. Así, según una gráfica incluida en el documento del censo realizado en 2003 por la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito –UNDOC–, para 1992, un año antes de la llegada de Berta a Cantagallo, el país contaba con 37.100 hectáreas cultivadas con hoja de coca. Para 1993 eran 39.700 y para el año siguiente, es decir 1994, 44.700 hectáreas. Cifras que no pararon de crecer durante los seis años siguientes.

Junto a su hermano, envueltos los dos en el silencio de la montaña, y con el cielo tiñéndose de un azul oscuro, delimitaron a ojo lo que sería el terreno que Berta usaría para sembrar y construir su “ranchito”. Cantagallo, poblándose con ella y otros cientos de campesinos, la recibió en sus tierras fértiles para enamorarla.

Tallos altos con grandes hojas verdes de puntas caídas, junto a brotes de tallos más cortos con hojas anchas, fueron el primer paisaje que vio luego de haber decidido sembrar los colinos de plátano y los frijoles que le dio su hermano, “¡Uy, una frijolera que teníamos! Se creció ese frijol”, recuerda.

La tierra de Berta se fue llenando de verde entre intercambios de atenciones. Su hermano fue surtiendo de cultivos el terreno: él conseguía los colinos, ella los sembraba y al mismo tiempo le ayudaba cocinándole a los obreros. Durante dos años las manos de Berta, menos curtidas que su rostro, tuvieron a cargo la alimentación de entre diez y doce trabajadores. “Yo entré fue de guisa. Cuando empecé me ganaba cinco pesos, qué *pecao*, ¡El día a cinco pesos!”.

Ana Jimena Bautista, abogada y coautora del libro *Voces desde el cocal: mujeres que construyen territorio*, afirma que “históricamente ha habido un déficit de reconocimiento y distribución: las mujeres cocaleras comparten una situación de pobreza muy fuerte con sus compañeros, pero esta situación y la falta de acceso a garantías en Derechos Económicos, Sociales y Culturales (DESC) se incrementa en razón del sexo y su situación como mujeres cocaleras”.

A pesar de lo poco que ganaba, Berta valoraba el hecho de tener trabajo y un ‘ranchito’ dónde vivir. Por eso, agrietando el silencio de la tarde en que cumpliría dos meses en Cantagallo, le expresó a su hermano que quería volver a Cundinamarca por su esposo y por dos de sus tres hijos: quería seguir trabajando en Cantagallo, pero con ellos. “Entonces me traje a mi esposo, al niño y a la niña, porque Germán, mi otro hijo, ya estaba en el Llano con los tíos, trabajando de cuenta de él”.

Regresó por ellos a Yacopí, para unos días después estar atravesando el calor de Cantagallo y pisando juntos el trozo de montaña que sería de ellos. Pensaba que así quizás dejaban atrás los problemas familiares y las discusiones. Sin embargo, aún hoy, después de 17 años separada de su marido, la voz de Berta se apaga al hablar de él. Dice, con un volumen mucho más bajo que con el que se expresa normalmente: “A mí casi no me gusta hablar de mi esposo... Es que yo fui hombre y mujer: yo engendraba y yo criaba”.

Según Corina Rodríguez, doctora en ciencias sociales, citada en el cuarto capítulo del libro *Voces desde el cocal*, hay una distinción clara frente a lo que Berta denomina “engendrar” y “criar”. Allí se distingue entre el trabajo reproductivo y el trabajo productivo, así: “El primero

(trabajo reproductivo y de cuidado / “engendrar”) se refiere a todas las actividades y prácticas necesarias para la supervivencia cotidiana de las personas”, mientras que el trabajo productivo (“criar”) remite a aquellas actividades de producción de bienes y servicios para el mercado”.

En ese apartado se enuncia además que “las mujeres rurales, educadas para ser cuidadoras, se convierten rápidamente también en proveedoras de sus familias, junto a los hombres, educados para los oficios productivos, pero sobre quienes no tiende a recaer la responsabilidad del hogar”.

Durante la convivencia con su esposo en Cantagallo, Berta llegaba a su ‘ranchito’ junto con la caída del sol, luego de haber cocinado y raspado coca todo el día, a hacerse cargo de sus hijos. Era casi inútil preguntarle a su compañero si los niños ya habían comido o si habían pasado bien el día. “Muy perezoso, a él no le rendía raspar, no le rendía trabajar. Muchas veces lo dejé en la casa cuidando a los niños y yo me iba a raspar. Me tocaba mantener a los pelaos”, recuerda con un tono de voz que se entiende entre la satisfacción y la resignación. “Yo no podía dejar a mis hijos aguantar hambre, nunca se me ‘anemiaron’, pero mentándole el hombro”.

De las manos lisas y pequeñas del tiempo en que aprendía a jornalear con diez años, poco le queda. Entre la cocina y las matas de coca, Berta se ganó el dinero que le sirvió para mantener bien a sus hijos y a su esposo. Madrugó durante un año, bien temprano, para dejar listo el desayuno de los obreros, atravesar el cocal y comenzar a tallar las matas hasta antes del mediodía. Volvía a la cocina, dejaba listo el almuerzo y regresaba al cocal. “Se me pelaron los dedos trabajando, mire, calludas mis manos, duro el trabajo mío para sacar a mis hijos adelante”.

Según *Voces desde el cocal*, en el capítulo titulado “La triple jornada de trabajo de las mujeres cocalleras andinoamazónicas”, en el ámbito rural colombiano, por día las mujeres ocupan aproximadamente ocho horas y doce minutos en las labores del cuidado, mientras que los hombres ocupan tres horas y seis minutos. Por otro lado, en materia de trabajo productivo,

las mujeres rurales están por debajo del promedio nacional: diariamente invierten cuatro horas en este tipo de labores, mientras los hombres gastan ocho horas y once minutos en dichas tareas. Así pues, “el peso del trabajo reproductivo recae mayoritariamente sobre las mujeres y, en este caso, las mujeres rurales están por encima del promedio nacional en el tiempo invertido en las tareas reproductivas no remuneradas de la economía”.

A Berta, de vez en cuando, unos ojos pequeños y brillantes le ayudaban limpiando o cuidando los cultivos. “Antonio tenía trece añitos, me ayudaba a ratos por ahí, dele a sembrar yuca, maíz y plátano”. Con el tiempo se unió su hija a las labores, aunque mucho después por ser la menor de los hermanos. Cuando le fue posible, en las tardes se encargaba de la cocina, “ella cocinaba, me ayudaba. Yo le dejaba la olla puesta y ella le echaba yuca, carne o papas, lo que fuera”.

Las manos de Berta tuvieron que ser delicadas y dulces para acariciar a sus hijos, pero también toscas y ágiles para arrancar las matas de coca y cocinarle a diario a más de veinte obreros. Esas dos características: unas manos tiernas y rudas, dividen de manera elemental los roles tradicionales que le son asignados a mujeres y hombres en razón de su género. Sin embargo, Berta se reconoce a sí misma como una fusión de ambos. “Yo he sido hombre y mujer, pa decirle la verdad. La palabra hombre y mujer quiere decir que yo trabajo el oficio de afuera y estoy en la cocina y viendo por mis hijos. Fui así desde joven, hombre y mujer. Póngale cuidado: cuando la mujer tiene marido, la mujer no piensa en conseguir la panela, piensa en sus hijos. En mi boca yo dije: ¿Pero por qué tengo que ser hombre y mujer?, Dios mío, dígame Señor, ¿Por qué?, y entonces la gente me decía, ¿Por qué hombre y mujer usted? Si usted no engendra, y yo les contestaba: ¿No engendro? Yo salgo a ganar mi jornal, y llego a las seis de la tarde a mirar si los niños ya comieron, a ver los muchachos qué tienen”.

Berta, entre las hojas de coca, los vapores de la cocina y las risas de sus dos hijos, pudo adquirir cierta autonomía financiera gracias a la coca. Bien fuese como raspachina o guisa, ella sola ganaba el jornal suficiente para sostener a su familia, algo casi impensable para una figura femenina durante esos años. Ana Jimena Bautista afirma que luego de las investigaciones hechas para *Voces desde el cocal*, está convencida de que es importante

resaltar que si bien la economía cocalera le ha supuesto a las mujeres en situaciones de criminalización, de señalamientos y persecuciones, también les ha posibilitado el acceso a derechos económicos y sociales, dotándolas de cierta autonomía. Sin embargo, aclara que esta última característica “no es una variable que pueda tomarse de manera absoluta, porque el tema organizativo también juega un papel fundamental”, tanto en la trasgresión de roles como en la disputa por espacios económicos, sociales y políticos.

Dentro de ese rango de autonomía, cansada de dejar a sus hijos solos y amanecer todos los días con una nueva ampolla en las manos, Berta decidió apostarle a su propio cultivo de coca. “Me eché a sembrar y sembrar matas, dije no, yo no raspo más, voy a cocinar. Miraba mis manos *aguarapadas* de trabajar y dije, más bien me voy a poner a sembrar maticas”, y así lo hizo.

Su jornada comenzaba aún en la oscuridad, a las 3:00 a.m., faltando todavía un par de horas para que el sol calentara el aire de la montaña. Prendía el fogón y alimentaba a los pollos mientras montaba la olla con la aguapanela para sus hijos. Se ponía sus botas y con su azadón se encaminaba hacia la pendiente en donde tenía su tierra.

Ella sola hizo los huecos en la tierra y sembró las semillas en donde unos meses después brillaría el color verde de su cocal. Luego de pasar tres horas con sus plantas cogía camino hacia donde su patrón, Javier, en donde aún continuaba sus labores como raspachina. Durante cuatro meses se la pasó de raspa en siembra, de hojas en semillas, de otras matas a las suyas, esperando que su primer cultivo estuviera listo, sin saber que pronto las avionetas comenzarían a pasar

“Cuando tuve mi primer cultivo dejé de raspar”, dice mientras se recuerda a sí misma atravesando sus cinco hectáreas de matas. Durante un tiempo sus hijos se pasearon por el cocal ayudándole con la pica y el azadón. “Esa mata fue sembrada a son de hombro”, dice, para que luego sus manos fueran reemplazadas por las de los obreros que más tarde pudo contratar con sus ahorros.



En medio de sus diarios recorridos entre la coca y la cocina, terminó por dedicarle más tiempo a esta última. “Yo trabajaba y cocinaba pa’ todos mis obreros. Ponía en un caldero arroz, en otra olla frijol, arveja o lenteja, lo que fuera: yuca cocinada, carne sudada o pelaba uno o dos pollos cuando tenía”. Durante ese tiempo el cucharón se convirtió en su pica y, como pasaba más tiempo en el fogón, podía asegurarse de cuidar a sus hijos y a sus obreros.

Según las autoras de *Voces desde el cocal*, las mujeres campesinas “cuidan de los hijos, del esposo, de los trabajadores de la finca, de las comunidades, mientras el cuidado personal en no pocas ocasiones resulta casi que irrelevante”. Así, las mujeres campesinas asumen el rol del cuidado que les fue enseñado desde pequeñas y que, casi siempre, dejará huella en sus días como si se tratase de una imposición divina de la cual sus compañeros escaparon.

Así mismo, las autoras afirman que existe una naturalización ante la división del trabajo por el sexo, pues pocas veces se discute, y si se hace parece ilógico pensar en una realidad distinta en donde el hombre se involucre en mayor medida con el cuidado. “(...) La asociación mujeres-cuidado se toma por dada y no se cuestiona, lo que restringe las posibilidades de las mujeres para descargar las horas de trabajo diarias y redistribuirlas entre los miembros de la familia”, afirman en el libro.

Ahora sin la raspa, su día comenzaba a la misma hora y con el mismo olor a leña quemada que la acompañó durante años. Dejaba el caldo y la aguapanela lista antes de darle vuelta al cultivo, limpiar el rastrojo de la finca y sembrar coca, yuca, plátano y algunas flores para el jardín. Cuando el sol se encendía y los pollitos despertaban, volvía a la cocina para terminar el desayuno de los niños y el de más de quince obreros que reclamaban energía para iniciar el trabajo.

Los raspachines que le ayudaban en su cocal en muchas ocasiones tenían la misma edad de sus hijos: diez o doce años. Desde temprano se escuchaban las carcajadas entre los juegos de los que aún eran menores, pero salían a ganarse el jornal. “Eran un poco de niños, cuatro o seis muchachos. Como no estudiaban, como por aquí no había escuela, los papás los mandaban a trabajar y yo los recibía”.

Así el día se le iba, no solo en la alimentación, sino también en la supervisión de sus trabajadores: “Yo no conseguí guiso, yo misma cocinaba”. Luego de servirles el almuerzo, Berta subía hasta el lugar del cocal en donde había raspa, se aseguraba de que las matas estuvieran cuidadas y de que las hojas estuvieran en los costales. Más tarde volvía para encender la leña y despedir el día con la última comida. Se acostaba a las 9:00 pm y luego de cinco horas de sueño, volvía a amanecer.

En el campo las fronteras entre trabajo productivo y reproductivo se vuelven difusas, pues “las mujeres de la familia se insertan en roles de producción y reproducción al mismo tiempo: las hijas –en particular las mayores– y las madres dividen su tiempo entre trabajar en los cultivos de coca y realizar las labores domésticas, las cuales no se restringen a cuidar de los miembros de la familia, sino de los trabajadores de la finca”, afirma el libro *Voces desde el cocal*.

Berta era una mujer sembrando en tierra de hombres. Aunque ellas trabajaran, la finca, los obreros y los negocios eran de ellos. “Cuando yo empecé trabajando los vecinos decían que por qué yo, de mujer, le ganaba a los hombres, que por qué había una mujer con ganado, sembrando pasto y coca, trabajando y ahorrando”. Berta, con peinilla en mano y las botas bien puestas, mantuvo su propio cocal, para después lavar la tierra de sus manos y dar vida a su cocina.

Para cuando comenzó a sembrar, a comienzos de los 2000, el paisaje a su alrededor también se pintaba de un verde brillante que cubrió las montañas por completo. “Antes muy poquitos campesinos sembraban, pero cuando hubo el apogeo hasta los obreros rozaban, decían: deme un pedazo de tierra pa’ yo sembrar y el patrón sembraba en compañía: el obrero ponía el oficio y el patrón le sembraba”. En el 2001, según el *Atlas de la caracterización regional de la problemática asociada a las drogas ilícitas en el departamento de Bolívar*, la concentración de los cultivos de coca se incrementó en el departamento con una densidad de ocho hectáreas por kilómetro cuadrado para tres zonas: la quebrada San Juan, los alrededores del río Cimitarra y Cantagallo.

Como si fueran de la mano, junto a la coca llegaron también las fumigaciones. “Tiempo después de haber tenido mi primer raspa, vino la primer fumigada”, recuerda Berta. El veneno marchitó no solo sus matas, sino también los otros cultivos y su jardín. Podó solo la coca que era la única con potencial de sobrevivir luego de una descarga de glifosato.

En esta situación se refleja una de las afirmaciones de Ana Jimena Bautista: “La relación entre el Estado y las mujeres que habitan zonas de colonización es absolutamente precaria: la presencia estatal en estos lugares del país ha estado especialmente ligada a la militarización del territorio, pero no en la garantía de otros derechos”.

Berta aprendió entonces que el sonido de las avionetas dejaría siempre detrás unas hojas marchitas y un ganado mustio. “Las fumigaciones no los mata, pero se ‘enflacan’ por ese pasto fumigado”, y recuerda cómo las vacas que ha tenido han sufrido las consecuencias: “El pasto las fue matando, en menos de cuatro años se me han muerto como cuatro animales. Unas vacas grandotas, lecheras, se ‘enflacaban’. Haga Dios su voluntad, algo me dio bueno y algo se llevarán también los gusanos”.

Su cocal, sobreviviendo como ningún otro sembrado a las fumigaciones, llegó a tener hasta cinco hectáreas, que fueron recorridas por los raspachines durante tres años. “Luego seguí sola, ya no metí obrero, porque las matas se acabaron”, y así, sin trabajadores, continuó sembrando, cocinando y esperando las raspas cada dos meses, para cosechar en compañía de sus hijos mientras vivían con ella.

Junto a ellos conoció con detalle la economía cocalera, por lo que hoy afirma con seguridad que la coca no da plata: “El que diga que la coca da muchísimo, eso es una gran mentira. Eso da es gasto, toca echar buena comida pa’ mantener a los obreros, y uno les paga a 9 mil pesos la arroba recogida. Póngale pues cuidado: que cojan 70 u 80 arrobas entre dos —el hijo y el papá— son casi 800 mil pesos pa’ pagarles, o yo no sé... yo no puedo decir que esas matas enriquecieron a nadie”.

Pedro Arenas, director del Observatorio de Cultivos Declarados de Uso Ilícito –OCDI, afirma que la economía cocalera tiene aspectos positivos en tanto implica un ingreso más o menos fijo “dado que la pasta base tiene siempre un mercado asegurado”, además dice que es muy rentable porque “la primera cosecha es más rápida que la de otros cultivos, y ésta luego se da hasta cinco veces al año”. Por otro lado, añade que “en el periodo que no es de cultivo las familias pueden usar su tiempo en otras actividades, lo que le significa más ingresos”.

Así, entre la precariedad y la capacidad económica, con sus matas Berta pudo pagar los estudios de su hija. “A ella fue a la que yo pude darle estudio, a la sola china”, pudo hacerlo porque, afirma, decidió dedicarse no solo a sembrar coca. “Usted se puede imaginar una jornalera bregando a sacar un cultivo adelante. Yo siempre he pensado que el cultivo no tiene que ser solo cultivo: yo no me concentré en la coca”.

Los ojos de Berta han podido ver crecer a sus hijos con comida, a su hija con estudio y a sus animales entre las cercas alrededor de su finca. “Lo que hice yo fue hacer cercas pa’ meter los animalitos, empecé con una vaca y salí con que ya había ocho, diez...”. Según Ana Jimena Bautista, “este es un punto fundamental: la coca ha posibilitado lo que falta ante la ausencia del Estado, en temas de salud y educación para ellas, por ejemplo, pero sobre todo para sus hijos”.

Los labios delgados y arrugados de Berta expresan con orgullo y tristeza que lleva ya varios años “a son de fuerza y ley”, sembrando el pasto para el ganado con lo poco que tenía ahorrado. “Más lo que me han ayudado los hijos, yo les dije: pueden tener su animales, pero ayuden a rozar. A ellos no les da miedo coger la peinilla con la mamá, porque yo todavía les ayudo”. Aprendió a trabajar siempre en conjunto con sus hijos: ella cercaba las vacas, pero si se salían eran ellos quienes iban por ellas.

En la vereda Patio Bonito los mosquitos empiezan a volar cerca a la cara cuando cae el sol, persiguiendo la luz de la luna y el brillo de los ojos de la gente. Allí aún no hay luz eléctrica. “La luz viene en camino, ya está cerquita por allá, por ahí por la escuela, ¿Usted vio la

escuela? Como a una hora casi, claro que en la moto llega en 15 minutos. ¡Si quiere ensayamos mañana irnos a pie pa' donde Oscar!", dice entre risas.

Hoy el pasto abraza las matas de coca que aún se sostienen como fantasmas que sobreviven al paulatino abandono. Crecieron entre los platanales y cerca de la maicera que Berta visita a diario. "Ningún año se me queda sin sembrar maíz, allá tengo la maicera, bonita esa maicera".

A pesar de que las matas son pocas, sigue raspando cada que puede porque son garantía de un dinero que, en ese contexto, ningún otro cultivo le puede dar. Nunca dejó los alimentos a un lado porque también le gusta sembrar comida y así evitar la escasez. "Tengo yuquita, platanito, maíz pal gasto, eso no sale pa vender. La mayoría es pasto, pero la yuca no la puedo olvidar porque me gusta *taaanto*... y el plátano, a mí me da dolor en el alma comprar un plátano, allá abajo vale mil pesos. Sacar mil pesos, decir señor véndame un plátano, y habiendo tierra".

\*\*\*

El machete se mueve con su mano como una extensión de la misma y sus pies ya tienen el molde de las raíces. Sus dedos siembran con la facilidad de quien ha trabajado la tierra durante décadas y ha dado vida a las yuqueras, a los platanales y los cocales: "Mi vida ha sido solamente pura agricultura, la coca es agricultura".

El fogón ha marcado sus ojos luego de pasar toda una vida encendiendo la leña en las madrugadas y apagándola en las noches. "A esta hora ya me fastidia el humo, pero yo soy una mujer feliz cocinando. Ahorita a esta edad lo que más me gusta cocinar son cosas buenas: arroz, pollo sudado y papas, eso es lo que se hace más rápido, pero por la escasez aquí no se ve eso diario". Así se le han ido los años, prendiendo el caldero y poniéndose botas, cortando con el cuchillo y podando con la rula, caminando entre un espacio que le fue asignado desde que nació y otro que asumió por obligación, o incluso por vocación.

Luego de llegar del cocal deja a un lado las herramientas y entra a la cocina para picar el tomate, la cebolla y la papa que va a calentar en la olla. Cuando comienza la cocción se va para los galpones y elige el pollo más grande, el almuerzo. Le pide a su hijo Héctor que lo mate, pues a pesar del tiempo, es la labor que más le cuesta.

De una rama amarra el pollo sin vida y comienza el proceso en pleno patio. Sus manos firmes arrancan las plumas, con cuidado de no romper la piel, varias de un solo movimiento y luego una a la vez, todo con la misma naturalidad con la que desgrana el maíz o se peina en las mañanas. Con el suelo vestido de plumas, suelta el ala que ahora solo está cubierta por una piel lisa de color rosa. Se queda estática mientras me clava sus ojos sorprendida: “¿Su mamá nunca le enseñó a desplumar una gallina?”

## Capítulo 5: La Venta

El sol de la tarde calienta sin piedad las montañas de la Serranía de San Lucas, los chinchorros se convierten en el lugar favorito de aquellos que buscan reposar el almuerzo y agarrar la fuerza para continuar la jornada al aire libre. Doña Marta lava los platos y reparte las sobras entre varios pollos y un cerdo. Don Julio, su esposo, se pone las botas y con poncho en hombro se alista para el camino. “Esto es por ahí una libra, usted tiene que traer 1 millón 200 mil pesos, más o menos”, le dice doña Marta, mientras a ojo y pulso pesa la bolsa en donde están los bloques de pasta base de coca. Él la guarda en un pequeño bolso que se cruza al pecho, agarra la peinilla y con las palabras de Marta en la cabeza, atraviesa la vereda.

Luego de casi dos horas llega a una casa solitaria a orilla de carretera en la montaña. Se apura cuando observa a dos hombres saliendo en moto y les habla fuerte para que noten su presencia. La moto da la vuelta y los tres se saludan con la mano. La casa tiene un corredor al frente, en donde don Julio se mete para cubrirse del sol y por primera vez en todo el recorrido saca la bolsa. Uno de los hombres abre su mochila, saca una pequeña báscula y una cuchara.

El proceso es rápido, rutinario. Mientras conversan con tranquilidad encienden la vela que estaba puesta en un muro del corredor. El hombre saca uno de los bloques de pasta y lo raspa para que un poco de polvo caiga sobre la cuchara. Se apresura a ubicarla sobre la vela y la gasolina se separa del polvo con el calor, dejando ver la pureza de la sustancia.

Luego el hombre ubica la bolsa sobre la báscula. Marca 503 gramos, un poco más de una libra, así como lo predijo doña Marta. Se descuentan dos gramos por la bolsa y las cuentas concuerdan. El otro hombre, que había permanecido en un segundo plano, se apresura a sacar

el dinero y se lo entrega a don Julio. Se estrechan la mano para cerrar el trato, vuelven a guardar los implementos junto con la bolsa y se alejan en la moto.

“Mafia organizada” es la expresión que utilizan los cantagalleros para referirse a los compradores de la pasta. Aunque lo mencionan de manera difusa, se trata de estructuras paramilitares que ingresan al territorio de manera “concertada” con el ELN. Según Raul Zelik, en su libro *Paramilitarismo, Violencia y transformación social, política y económica en Colombia*, “la actividad ilícita más importante para el paramilitarismo ha sido el narcotráfico, al que ha estado inseparablemente ligado en los últimos 30 años. (...) Han estado tan estrechamente unidos, que es más apropiado hablar de narcoparamilitarismo”. Así pues, se refiere a estructuras narcotraficantes en alianza con grupos paramilitares que operan brindándoles un “servicio de fuerza” a los primeros.

En la región sur del departamento de Bolívar ha tenido presencia histórica el frente María Cano del ELN, actor que cobró protagonismo en la región luego del desarme de las Farc con la firma del Acuerdo de Paz. Esta insurgencia exige un impuesto a esa “mafia organizada” a cambio de garantizar las condiciones de ingreso y salida de la zona.

Así como con don Julio, en cinco minutos se materializan los cuatro meses de trabajo de los campesinos, cuya economía depende de la venta de la pasta base. “Ya nos podemos tomar las cervezas”, dice don Julio mientras guarda el dinero en el mismo bolso en el que traía los bloques.

\*\*\*

El Trasmayo es una vereda de Cantagallo rodeada por la Ciénaga de San Lorenzo. Durante el día el calor es más fuerte que en cualquier otro lugar de la zona, lo que hace de la ciénaga el analgésico perfecto para combatir la alta temperatura. En las noches los mosquitos se alzan como si se tratara de un territorio por recuperar, el ambiente se vuelve oscuro y el agua invisible. Los habitantes de El Trasmayo y las veredas cercanas andan en canoas como si



fueran carros, pues es el medio más rápido de comunicación con el casco urbano del municipio, ubicado a un poco más de dos horas en motorcanoas.

Desde *La Tienda*, el lugar al que llegan todas las embarcaciones, se prepara para salir una motorcanoas hacia *La Isla No Hay Como Dios*, a diez minutos de viaje. El sol, que comienza a emitir los últimos rayos fuertes del día, hace entrecerrar los ojos para poder distinguir las siluetas que brillan más de lo normal. Don Marcos sostiene la canoa alargada para que no se aparte de la orilla mientras que suben una a una las figuras. Primero entran Sonia y Vanesa, luego Claudia con su hija de cinco años y su bebé de siete meses, Sara y Teresa que son amigas desde la infancia y doña Elizabet a quien ya se le dificulta caminar.

Después de que todas están adentro llega doña Teresa para sentarse junto al motor: “Esta es la primera vez que voy a manejar sin El Gordo”, dice mientras lo enciende. Una canoa llena de mujeres comienza a retroceder despacio para navegar libremente por la ciénaga. Los cabellos ondulan en la medida en que la embarcación se impulsa por el agua y roza el viento. Todas sonríen con la libertad de quienes van en una canoa solo de mujeres, aunque con la preocupación silenciosa de que quien la maneja sea una mujer. En *La Isla No Hay Como Dios* van a leer juntas, por primera vez, los estatutos del nuevo Comité de Mujeres de El Trasmayo y La Isla.

Si bien la organización campesina no es ninguna novedad en Cantagallo, una que involucre específicamente a mujeres sí lo es. La participación masculina en las Juntas de Acción Comunal y espacios como la Asociación de Familias Agromineras del Sur de Bolívar y Antioquia –Afasba– o la Asociación Campesina del Valle del Río Cimitarra –ACVC– ha sido mayoritaria. La incursión de las mujeres en ellas y la creación de sus propios comités, son hechos recientes.

“Actualmente las mujeres nos hemos posesionado mucho por hacer parte de las organizaciones que hay en la región, hemos aprendido a entender nuestros derechos, a saber hasta dónde podemos permitir algo y hasta dónde podemos nosotras reclamar”, expresa doña

Teresa, que lleva más de 17 años viviendo en el territorio y ha impulsado la iniciativa del Comité de Mujeres.

Esta región del sur de Bolívar trae consigo una extensa tradición de organización campesina. La Asociación Nacional de Usuarios Campesinos –ANUC–, creada por el gobierno de Carlos Lleras Restrepo en 1967, también hizo presencia en el Valle del Río Cimitarra. Luego de su desarticulación surgieron otras tantas organizaciones como la Cooperativa Coopemantioquia –a mediados de los ochenta–, la Coordinadora Campesina del Magdalena Medio –en 1984– y la Asociación de Juntas Comunales de Yondó –Asocomunal– a principios de los noventa. No obstante esta tupida historia organizativa, en la actualidad solo dos asociaciones están activas en la región: la ACVC y Afasba.

Todo este panorama organizativo se consolidó en un periodo de recrudescimiento del conflicto armado en el departamento. La presencia de actores insurgentes en el territorio propició que las comunidades desarrollaran una conciencia política y se gestaran estructuras cooperativas y solidarias. Según Zelik, en su libro *Paramilitarismo, violencia y transformación social, política y económica en Colombia*, “a diferencia de lo que supone el discurso de la “guerra de pandillas”, para la población de la región (sur de Bolívar) importaba mucho quiénes representaban la fuerza del orden. Tanto el ELN, que intentaba promover estructuras de organización cooperativa, como las Farc, concentradas desde principios de la década de los 2000 en reforzar su presencia militar, les interesaba mantener al pequeño campesinado dentro de la región y proteger sus estructuras sociales”.

En Cantagallo se consolidaron importantes escenarios de discusión y coordinación a partir de las asociaciones y las JAC, contextos que han sido protagonizados tradicionalmente por hombres. De acuerdo con el libro *Voces desde el Cocal: Mujeres que construyen territorio*, las mujeres “a pesar de que participan en todos los ciclos económicos del sistema familiar, no suelen estar involucradas en los procesos de toma de decisión, los cuales tienden a recaer principalmente sobre los hombres”.

Han sido pocas las mujeres que se han involucrado de alguna manera en estos espacios o que han logrado ser referentes en los mismos. Según doña Milena, campesina de la vereda La Esperanza, “ni pa’ la Junta de Acción Comunal una mujer porque el marido no la deja ir a reuniones, porque se va a conseguir un mozo y lo va a dejar. No tienen las cosas claras, o sea, la mujer es la esclava: ella tiene que quedarse mirando a los chinos y cocinando”.

Frente a eso mismo, Ana Jimena Bautista, investigadora y coautora de *Voces desde el cocal*, agrega que dentro de las organizaciones se identifican divisiones de roles tradicionales según el género, además de actitudes patriarcales que las mujeres identifican y frente a las cuales deciden actuar. Por ejemplo, “empiezan a participar sobre todo en los espacios públicos, sea el paro, sea la asamblea, sea la reunión. La apertura de esos espacios públicos a través de la organización ellas lo destacan en sus narrativas como un elemento muy importante que les permite hacer consciencia de los roles tradicionales de género, de cómo estaban atrapadas en ellos, y de cómo también esa dinámica organizativa les ha permitido realizar negociaciones al interior de sus hogares”.

Desde mediados del 2018, doña Teresa y doce mujeres de El Trasmayo, se organizaron para reafirmar que su papel no solo se limita a las labores del hogar, sino que también pueden construir ellas mismas procesos comunitarios. “Hay que cambiar esa mentalidad machista que ha estado por décadas. En nuestras manos está crear, mostrar que nosotras podemos ejercer cualquier cargo dentro de la comunidad”, expresa doña Teresa.

Desde la ventana de su cocina se ve la Ciénaga de San Lorenzo. Pone el café en el fogón y comienza a calentar las arepas para el desayuno de sus hijos mayores y de Lucía, que apenas tiene siete años. Más tarde comienzan a llegar hombres con el poncho al hombro, trabajadores que bajan de las fincas, campesinos que llegan en las mulas y entran a la casa como si fueran familia. Doña Teresa les sirve el desayuno y así se le pasa el día: entre sus hijos, la comida para quienes llegan y la tienda.

\*\*\*

La vereda Caño Seco en Cantagallo recibió a doña Teresa hace diecisiete años luego de un viaje sin regreso desde Barrancabermeja, el lugar donde terminó sus estudios. Su infancia la pasó a orillas del río Magdalena, en una finca a la altura de Puente Sogamoso, en Santander. El día comenzaba con un baño en el río antes de que el sol terminara de calentar el agua. Más tarde los cultivos de plátano y maíz acompañaban los juegos mientras ella, junto a sus cinco hermanos, se alistaba para la escuela. Cuando caía el calor, el atardecer marcaba la silueta de los pescadores mientras tiraban la atarraya, imitando la figura de su padre. Tenía 18 años cuando llegó a Barrancabermeja, allí empezó a trabajar mientras hacía una técnica en secretariado. Luego se enamoró.

“Me enamoré de un hombre maravilloso que, aunque no tiene estudios, es un campesino con un gran corazón, ahí fue que empecé a conocer acá el territorio de Cantagallo”. Para el 2001 ella ya vivía en la vereda Caño Seco con El Gordo, periodo en el que, si bien los cultivos de coca seguían siendo la principal fuente económica del municipio, la bonanza cocalera estaba llegando a su fin.

Las fumigaciones aéreas y la llegada de grupos paramilitares causaron los desplazamientos de varias familias, no había otra alternativa para el sustento de vida. Las chalupas empezaron a hacer los viajes casi vacías y los negocios se extinguieron conforme pasaba el tiempo. Ese fue el escenario en el que doña Teresa tuvo que reiniciar su vida campesina y en medio del cual participó en la conformación de la Junta de Acción Comunal –JAC– de Caño Seco.

“Los habitantes del territorio vimos la necesidad de crear una Junta de Acción Comunal, pensando más que todo en el desarrollo comunitario”. Doña Teresa fue partícipe de la creación. En el año 2008 impulsó la iniciativa de la que hizo parte como secretaria, sin sospechar que dos años después sería la presidenta de la misma JAC. Desde allí pudo dar discusiones, por ejemplo, frente a la economía cocalera en el territorio, “era más fácil movilizar coca que un producto agrícola. No fue que el campesino quisiera dedicarse a eso, fue el mismo abandono del Estado el que lo obligó”, expresa.

Para el año 2014 tuvo que mudarse de vereda a una que le facilitara el desplazamiento de sus hijos hacia la escuela. Allí continuó el proceso comunitario junto a su esposo. El Gordo y doña Teresa han trabajado siempre de la mano, como compañeros. “Siempre nos ha motivado estar organizados porque vemos que es una manera de defender nuestros derechos y que nos tengan en cuenta. Nos apoyamos el uno con el otro. He recibido el apoyo de él cuando necesito el tiempo de asistir a diferentes reuniones, por ejemplo”, cuenta doña Teresa.

Su esposo le enseñó a manejar la motorcanoa, sin embargo, la primera vez que navegó sin él fue el día de la reunión en *La Isla*, cuando se embarcó una canoa llena de mujeres. “Ahí viene nuestro motorista”, decían las campesinas a modo de chiste, mientras ella caminaba hacia la orilla. *La Isla* es una pequeña vereda que, aunque parece estar rodeada de agua, a la que también es posible llegar por tierra si se tiene más tiempo.

La reunión comenzó a las diez de la mañana y a mediodía aún no había terminado. Era la hora del almuerzo y aunque todas tenían hambre, tenían la certeza de que al volver tendrían que preparar ellas mismas algo de comer. Ahí, en esa situación se refleja cómo el trabajo del cuidado, que se le ha relegado históricamente a las mujeres, resulta ser un obstáculo a la hora de participar en los espacios organizativos. “Por eso es tan difícil a veces reunirse. Hay que cuidar a los niños, tener la comida lista para cuando llegue el esposo y hacer las cosas de la casa”, decía una de las mujeres que estaba en la reunión.

Sin embargo, doña Teresa lleva ya cuatro años haciendo parte de la JAC de El Trasmayo, en donde ocupa el cargo de secretaria. También ha participado en espacios formativos de la ACVC a pesar de que no hace parte de esta organización. Siempre ha participado de los espacios de discusión, formación y decisión que se han llevado a cabo en el corregimiento. Se ha forjado como una lideresa, no solo para las mujeres, sino para toda su comunidad. Su voz resalta en las asambleas y reuniones. La escuchan con atención, siempre la escuchan.

Su carácter se forjó desde la niñez, pues es la mayor de seis hermanos: dos hombres y cuatro mujeres. Las carencias económicas de su familia y la intención de animar a sus otros

hermanos para que siguieran estudiando, la impulsaron a viajar a Bucaramanga para terminar el colegio y más tarde a Barranca para seguir la técnica.

Cuando tenía 20 se casó con El Gordo, un hombre de ojos claros, reconocido por su capacidad para hablar y trabajar hombro a hombro con los campesinos. “Él no ha sido celoso, pero porque yo tampoco me he dejado. Apenas empecé a ver que él se ponía raro si yo me iba para otra parte, le dejé claras las cosas: que yo no me iba a dejar mandar de él”.

Las Mujeres Unidas de El Trasmayo y La Isla –MUTIS– se reúnen ahora cada dos meses, con los niños en brazos y otros tantos jugando cerca a la ciénaga o en los árboles. Este no es el primer comité que se conforma en la vereda, “aquí en esta región hay comités de muchas clases: de pesca, de medio ambiente, de salud, de derechos humanos. Todos esos comités nos han servido para fortalecernos, defender el territorio y aprender. Ahorita nos detenemos a pensar qué nos conviene, qué no nos conviene y a tomar las decisiones organizadamente”, afirma doña Teresa.

Tanto los precedentes organizativos de la región como las condiciones mencionadas anteriormente por Zelik, han contribuido a que en casi todas las veredas estén constituidos uno o dos comités: campesinos y campesinas con motivación para organizarse y participar de manera activa en las decisiones sobre su territorio.

Estos espacios organizativos además, se han visto impactados por el contexto que se desató a raíz de la firma del Acuerdo de paz con las Farc en el año 2016, específicamente por el punto cuatro de “Solución al Problema de las Drogas Ilícitas”, en el que se plasmaron las medidas que promoverían la sustitución de los cultivos de uso ilícito, dentro de las que se contemplaba el Programa Nacional Integral de Sustitución de Cultivos Ilícitos –PNIS–, que se basaría en procesos participativos a través de asambleas comunitarias.

Según el PNIS, las asambleas elegirían sus propios delegados y delegadas que harían las veces de puente entre la comunidad y los funcionarios del Programa. En el Acuerdo se expresa que: “(...) podrán constituirlos en juntas, comités, consejos o cualquier forma de

organización que decidan (...)”. La construcción que se lograra en estos espacios sería el insumo para el Plan Municipal Integral de Sustitución y Desarrollo Alternativo para las zonas afectadas por cultivos de uso ilícito –Pisda–. Además, en cuanto a los proyectos de carácter colectivo, en el punto cuatro se afirma que “para la ejecución de los planes de sustitución se privilegiará la contratación de organizaciones comunitarias”.

La discusión acerca del rol de las mujeres campesinas y la organización de las mismas no resultaba una novedad en Cantagallo, pues ya se habían conformado comités de mujeres en otras veredas como El Caguí y La Esperanza años antes del Acuerdo de Paz. Sin embargo, el nacimiento del comité de mujeres en El Trasmayo no fue independiente al panorama de *posconflicto* que se planeaba, pues se gestó durante el tiempo en el que se pretendía comenzar con la implementación del Pisda y la construcción del Programa de Desarrollo con Enfoque Territorial –PDET– en el municipio. “Nos pareció una opción organizarnos para conseguir proyectos que beneficien nuestra economía como mujeres, además para darnos ese valor: impulsarnos a nosotras mismas y demostrar que podemos hacer cosas diferentes a las del hogar”, dice doña Teresa.

Con respecto al Acuerdo, enfocaron sus discusiones frente a la invisibilización que tuvieron las mujeres guisas dentro del PNIS. Mujeres como Berta o doña Rosa, que habían basado gran parte de su economía en cocinarle a más de quince o veinte obreros, no estaban siendo tenidas en cuenta. “Aquí se hizo un llamado por veredas, se organizaron los dueños de cultivos, los que eran raspachines y nosotros dijimos: ¿dónde quedan las mujeres cocineras? Las mujeres tienen participación”, cuenta doña Teresa.

Como un intento de dar solución a este vacío, desde el PNIS se vinculó a las mujeres que desempeñaban el trabajo de guisas bajo la clasificación de recolectoras, hecho que invisibiliza el rol histórico de las mismas, así como el papel que durante años han tenido dentro de la economía cocalera. “Ellas quedaron como recolectoras, todo en un solo nombre. Nos dicen que ellas van a recibir también unos beneficios, por ejemplo, dentro de los proyectos que vengan por parte de las alcaldías o de cuestiones comunitarias como los comedores escolares. Según el Gobierno, recolectoras –raspachinas y cocineras– que salgan

de cada vereda van a tener un trabajo y unas capacitaciones. Tenemos la esperanza de que les cumplan”, agrega.

Según la investigación de *Voces desde el Cocal*, a diferencia de lo que cree el Estado, las unidades familiares campesinas no son homogéneas, sino que en la mayoría de los casos tienen una jerarquía que responde al sistema patriarcal. “Esto ha impactado negativamente en el diseño e implementación de las políticas públicas, en tanto que se asume que los programas rurales benefician a toda la familia, sin considerar las relaciones de poder e inequidades en su interior”. De este modo, lo que se planteó en el PNIS no responde a las necesidades reales de las campesinas que participan en las dinámicas de la economía cocalera.

En el sexto Informe de Monitoreo Resolución 1325 de las Naciones Unidas de 2017, se afirma sobre el Acuerdo que, “lamentablemente, y pese a que en sus objetivos se encuentra de manera expresa la necesidad de incorporar a las mujeres como sujetos activos de los procesos de concertación de la sustitución voluntaria, el Decreto –que da origen al PNIS– no incorporó el enfoque de género”.

En general, las dinámicas económicas y sociales de los raspachines o recolectores y las de las guisas no son las mismas. Los primeros suelen ser en su mayoría hombres jóvenes que provienen de otros lugares y que no tienen a su cargo una unidad familiar. Por otro lado, las guisas son mujeres que viven en la región, tienen hijos e incluso, en muchos casos, son madres cabeza de familia. A pesar de estas particularidades, los Planes involucraron a todos bajo un mismo término y bajo las mismas posibilidades alternativas al cultivo de hoja de coca. “La diferencia entre recolectores y dueños de cultivos es que a los segundos se les dan proyectos productivos, mientras que a los primeros solo se les va a capacitar y se supone que los que no tienen tierra entran dentro de la reforma agraria”, afirma doña Teresa. Sin embargo, las guisas no entraron de ese modo en la caracterización.



Por otro lado, las inscripciones al PNIS podían hacerse solamente por núcleo familiar. Es decir, si una mujer era cocinera y su hijo raspachín, solo uno de ellos podría inscribirse y acceder a los beneficios del Plan.

Ante este panorama, doña Teresa espera, entre la esperanza y la desconfianza, que las propuestas que vienen del Acuerdo puedan realizarse. “Nosotros dijimos: si hay otra oportunidad y podemos salir de esto, hagámosle, siempre y cuando el Gobierno nos dé esa garantía, porque nosotros sembramos coca debido a que el Gobierno no nos dio otra alternativa. Si él nos cumple pues nosotros también cumplimos. Hay que esperar que eso se haga realidad, porque al no cumplir le digo que esta región queda bastante golpeada porque todos le tenemos la apuesta a eso”.

Unas horas después de que el sol de mediodía hubiera calentado la ciénaga, suben a la canoa una a una con sus hijos. Doña Teresa se acomoda junto al motor y lo enciende. La canoa se desliza con la misma agilidad con que se mueven las manos de doña Milena que maneja con destreza a pesar de ser su primera vez.

Los estatutos se discutieron, aunque no de manera definitiva. El proceso se presenta largo. El hambre permanece en todas como el recuerdo de que el esposo y la cocina las esperan. A doña Teresa la esperan sus tres hijos y El Gordo, aunque en el momento ella solo parece preocupada por el cuidado de las mujeres que van en la canoa. Tiene tres hijos, pero de vez en cuando es la madre de toda la comunidad. En unas horas el sol terminará de ocultarse, los mosquitos comenzarán a volar cerca de los rostros y el agua a hacerse invisible.

## Capítulo 6: La Última Raspa

El verde intenso de las montañas de Cantagallo es ahora más tenue, más parecido al color del rastrojo. Las matas de coca, que se observan como manchas espaciadas a lo lejos, hacen que parezca improbable la idea de que en algún momento crecían cada pocos metros. Sin embargo, aún hacen parte de la variedad de cultivos de casi todas las familias de la región y siguen siendo su fuente de sustento.

Hoy hay sembradas matas de pringa y de dulce que, desde montañas hacia adentro, se declaran sobrevivientes de las avionetas y las erradicaciones del Ejército. Cada dos o tres meses es época de raspa y entonces llegan los raspachines como un recuerdo fragmentado de lo que fue el boom cocalero de los noventa. Todavía se venden los bloques de pasta base y los campesinos aún dependen de ese cristal blanco para garantizar su subsistencia en una región que pocas veces se menciona si no está la militarización o la fumigación de por medio.

A principios de julio de 2018 las hojas ya estaban brillantes y abundantes, listas para la raspa. Esta vez, sin embargo, era distinto. El retrato de las matas de coca en la Serranía, así como de los campesinos que las cultivan y las raspan, pronto estaría solo en la mente de quienes lo vivieron. Las campesinas alistaban la comida para los raspachines, mientras que los campesinos se preparaban para la jornada bajo el sol o en la sombra con los químicos. Después de esta vez no volvería a pasar: los cantagalleros se organizaban para la última raspa.

Las charlas de cantina y las conversaciones entre vecinos llegaban siempre al tema: las matas iban a desaparecer y serían ellos mismos quienes las iban a arrancar. Esas jornadas de raspa parecieron más una despedida, un quimiqueo cargado de nostalgia y un último pago que se recibía con preocupación. “Ojalá el Gobierno nos cumpla”, dijo uno de los campesinos mientras se concentraba en el futuro sin coca que recaería en las manos de un Estado que históricamente ha sido distante e indiferente frente a la realidad de las regiones cocaleras del país.

Era la última raspa y quienes se habían inscrito al Programa Nacional de Sustitución –PNIS– sabían que la próxima vez que tocaran sus matas sería para arrancarlas. Iba a terminar la historia del cultivo que llegó a principios de los noventa con la peruana y que protagonizó la economía regional durante décadas. Iba a ser el fin de los cicales y del quimiqueo, de las ventas clandestinas y de los señalamientos injustos. Con cada planta que se quedaba sin hojas y la intención de cumplir los compromisos que adquirieron con el Acuerdo de paz, los campesinos y campesinas mantenían la esperanza de que, así como las hectáreas de coca dispersas que quedaban en pie, pudieran declararse ellos también sobrevivientes de la violencia, las fumigaciones y el olvido.

\*\*\*

Una mujer joven, de cabello oscuro y mirada fuerte camina lento entre el pasto que crece y da vida a la vereda Caño Dorada, en Cantagallo, sur de Bolívar. Para ese tiempo –1998– el territorio llevaba apenas cuatro años consolidándose como municipio. Aquella mujer no siempre recorre la vereda sola, muchas veces la camina junto a su madre, con quien inició algunos procesos comunitarios en la región. “Yo llegué a Cantagallo cuando se hizo municipio, ahí empecé a hacer gestión para la vereda, junto con mi mamá”, recuerda doña Sandra que hoy, ya sin su compañera, se desempeña como enlace rural de la Alcaldía de Cantagallo, es decir, funciona como una doble vía: conecta a las comunidades de las veredas –al Cantagallo rural, sus preocupaciones y problemáticas– con la administración, y al tiempo conecta a la Alcaldía –sus proyectos e iniciativas– con la ruralidad. Todos la conocen, tanto que su nombre sirve muchas veces como referencia, “¡Clarooo, por allá por la casa de Sandra!”, se escucha decir.

Al tiempo en que llegó a la región se vinculó a la Unidad Municipal para la Asistencia Técnica Agropecuaria –Umata–. Años después, para el 2001, por amenazas de las AUC, tuvo que abandonar su hogar y los procesos que había iniciado. No salió del municipio, pero sí se cambió de vereda.

La vereda Lejanías se convirtió en su hogar, donde tuvo que iniciar una nueva vida. Con su compañero de ese momento, Jairo, se fue a administrar una finca cocalera que después compraron. Allí fue testigo de las fumigaciones con glifosato de la primera década de los 2000.

Su relación con los cultivos de coca no fue distinta a la que tuvieron las demás mujeres de esta historia. “Empezamos a sembrar coca por el mismo abandono del Estado, somos tierras que no tenemos luz ni vías. Nos vale más el flete para movilizar el bulto de yuca, que el mismo bulto. En cambio, la coca llegaban y nos la compraban casi que en la casa. Todo se dio por la misma necesidad de la gente”, dice doña Sandra.

En la finca de Lejanías aprendió a sembrar la coca y el amor. Amor por su compañero, amor a las matas, amor a su labor y amor al territorio que le daba lo necesario: vecinos atentos y alimento para ella, su hijo y Jairo. Sin embargo, tiempo después y con tan pocas ganas de irse como durante aquel primer desplazamiento, tuvo que marcharse de nuevo. Las Farc habían les quitaron la finca y tiempo después lo asesinaron a él. Doña Sandra decidió irse para Yondó, Antioquia, el municipio en el que había crecido y que había sido el punto de partida antes de su llegada a Cantagallo.

Tras ese segundo desplazamiento, bajo el cielo azul de Yondó, que parece que siempre emite hacia la tierra una nube de vapor caliente, vivió siete años hasta el momento en el que se encontró con el alcalde de Cantagallo –para el 2011– en Puerto Matilde. “Nos encontramos y me preguntó que qué estaba haciendo, que si quería trabajar de nuevo con la Umata y yo le dije que sí”. Ese encuentro inesperado le cambió otra vez la vida: regresó a Cantagallo para no irse nunca.

Trabajó un año más, pero para el siguiente todo fue incierto, pues era momento de cambio en la administración municipal. Cuando esto ocurrió decidió vender comidas en un restaurante, luego, para el 2013, consiguió trabajo como maestra en la diócesis de Bagangué, en la vereda Alto Paraguas. “Bueno, me he rebuscado la vida”, dice recordando que con esos trabajos se alejó por lo menos tres años de los proyectos políticos, hasta que

decidió vincularse al proceso de Erlides Arango. “Fui la jefe de la campaña del sector rural; las cosas se nos dieron y la doctora quedó como alcaldesa de Cantagallo. Desde 2016 me vengo desempeñando como enlace rural: soy la interlocutora entre las comunidades y la administración. Vivo pendiente de todos los chismes de las veredas, empieza uno a ser parte de las comunidades, eso lo fortalece mucho a uno”, dice.

Desde finales de los noventa, cuando su madre dejó de estar, doña Sandra empezó a caminar el territorio sola y hasta el día de hoy es la única mujer lideresa reconocida en toda la región. “Es curioso porque entre los líderes que habemos soy la única mujer. Jairo y Diego dicen que yo no me las creo todavía, pero que yo tengo mucho reconocimiento”, dice sonriendo.

La confianza y la amistad es lo que los mantiene a ella y a sus compañeros firmes en el proceso comunitario. “Cuando yo llegué al municipio venía de tener recorrido como secretaria, de haber trabajado en Bucaramanga y Barranca, eso hizo que yo tuviera una visión diferente: vivía pendiente de que las cosas llegaran a las comunidades, que no se quedaran en un escritorio”, y así se fue “relacionando”, como lo dice ella, con los líderes que ya estaban en la región, “fuimos fortaleciendo mucho las amistades, para procesos como estos uno tiene que ser primero amigo, poder confiar en el otro”.

Desde su rol en la Alcaldía ha estado atenta a la implementación de los planes de sustitución. “Frente a la implementación nosotros hemos servido de apoyo, pero el programa es independiente y tiene su propia coordinación porque es una situación a nivel nacional”, afirma.

Para 2019, en el territorio se erradicaron 567 hectáreas de coca de las 580 “comprometidas por la comunidad”, según Mauricio Rodríguez, actual coordinador del PNIS en la región. “Nos hicieron falta 6,85 que corresponden a levantamientos parciales o no levantados, pero a pesar de eso tuvimos una respuesta positiva por parte de las familias, para nosotros es satisfactorio”, agrega.

Para acceder al programa de sustitución, los campesinos debían inscribirse con sus datos personales: nombre completo, número de identificación y vereda a la que pertenecen. Luego

se realizaron cartografías en las que cada campesino ubicó dónde estaba su cultivo y cuántas hectáreas abarcaba, además de que se les exigía que los documentos como el Sisbén fueran únicamente de Cantagallo y no de otros lugares cercanos como Barrancabermeja o San Pablo, que figuraban en los certificados de muchos campesinos.

El programa de sustitución estaría destinado solo a pequeños cultivadores, “aún no está definido como decreto lo que se considera un gran cultivador y un pequeño cultivador, pero contamos con un criterio: se es pequeño hasta 3,95 hectáreas, si no me falla la memoria, no quedó nada sólido sobre eso”, afirma Mauricio. En Cantagallo, particularmente se obtuvo un promedio de una hectárea o hectárea y media por familia.

Incumplir con alguno de los requerimientos automáticamente suspendía al núcleo familiar de los planes y proyectos, lo que quiere decir que quedaban bloqueados para acceder a los pagos que correspondían a 1 millón de pesos mensuales durante doce meses, un proyecto de seguridad alimentaria por un valor de 1 millón 800 mil, y 18 millones para consolidar un proyecto productivo que les permitiera sustituir el cultivo de coca –esto último solo para dueños de plantaciones–.

La escuela del municipio se transformó por varios días en un centro de reuniones. Campesinos, coordinadores, medios de comunicación y comunidad internacional se encontraron allí para socializar los proyectos, expresar los miedos y hablar de expectativas. “Yo no quise hacer la cartografía social, ¿A mí cómo me garantizan que esto se va a cumplir, que no solo van a quedar con mis datos y la ubicación exacta de mis matas?”, expresó uno de los campesinos mientras muchos otros aprobaban lo que decía, identificados en sus palabras.

Según Mauricio, todo el proceso se ha basado en un ejercicio de confianza, “siempre va a haber un margen de incredulidad, porque hasta que no lleguen las cosas no se puede tener absoluta certeza, pero la confianza no se ha roto al cien por ciento. Es un ejercicio tanto de allá para acá, como de acá para allá: las familias entraron al programa creyendo que esto va

a funcionar y nosotros vinculamos en la medida en que ellos voluntariamente manifestaron que iban a levantar; en esa medida estamos respondiendo”, expresa.

Como coordinador del PNIS plantea además que se encuentran atados a los criterios planteados en el Acuerdo de Paz, por esto ignoran una serie de características fundamentales para el momento de la implementación, por ejemplo, la evidente participación de los quimiqueros y las cocineras dentro del circuito, hombres y mujeres que también obtienen su sustento económico de los cultivos de coca y que con la erradicación de los mismos se verían afectados. “Si bien en el Acuerdo solo se mencionaba a cultivadores y recolectores, la dirección asumió a esas familias que se veían afectadas de una u otra forma y creó la categoría no-cultivadores”.

No obstante, Mauricio cuenta que así no sucedió en Bolívar, ni en Cantagallo específicamente: “Durante los ejercicios de socialización y concertación, de manera previa, se acordó que solamente iban a entrar cultivadores. Con los recolectores se hizo un ejercicio de identificación con el siguiente criterio: un recolector por cada cuatro hectáreas, pero con los cambios institucionales que tuvimos con el cambio de Gobierno, cuando teníamos el censo de familias recolectoras, ya habíamos cerrado el proceso de vinculación”, afirma.

El panorama ha estado difuso desde el principio, sin embargo, los campesinos decidieron apostarle a esa oportunidad. “Aquí hay mucha expectativa, la gente quiere dejar de trabajar la coca, trabajar de una forma diferente. Listo, ya el Programa arrancó, pero no sabemos si va a seguir, si le van a hacer cambios. Lo que sí sabemos es que antes el Gobierno conocía que había cultivadores de coca, pero no sabía quiénes eran, ahora ya sabe quiénes son hasta con el número de cédula. El campesino se jugó el todo por el todo”, expresa doña Sandra.

\*\*\*

La luz del sol roza con delicadeza las expresiones que se le marcan en la piel a Berta. Desde una silla, ubicada en el corredor de su ‘ranchito’, observa cómo la noche se anuncia con una

corriente de aire que hace temblar el pasto y las matas de coca que ya empiezan a verse casi tan decaídas como su mirada, que es ahora nostálgica.

“Yo quiero arrancarlas o que si viene el Ejército que sea formal, que diga señora dónde son sus cultivos, yo lo llevo, *ufff*, yo me comprometo”. El convencimiento lo acentúa con un gesto, como diciendo sí con la cabeza, todo esto sumergida en la esperanza, sin importarle mucho no haber podido completar su inscripción en el Programa. “Me dijeron: bloqueada. ¿Pero por qué? ¿Qué he hecho yo? El Sisbén. Ese Sisbén tiene tanta historia: yo de Cundinamarca pa’ traerlo para Santander”, esperaba, con un poco de prisa, poder cumplir con ese requerimiento dentro del plazo que le habían dado los coordinadores.

Cada vez es más difícil ver sus facciones, la oscuridad invade el paisaje, su rostro y casi su alma. Las palabras se vuelven protagonistas, el miedo parece apropiarse con lentitud de cada una. “Yo ya me metí, no quiero que venga la avioneta y me fumigue mi pasto, mis vaquitas, nooo, mis terneros, no quiero que me vayan a fumigar otra vez, por eso lo hice, tal vez también como aburrida ya con esas matas”, dice. Las fumigaciones aún se presentan como fantasmas en los recuerdos de Berta, y la posibilidad de poder expulsarlos de manera definitiva se presenta con la oportunidad de elegir la sustitución.

Sembrar pasto se volvió usual en la región. Su crecimiento es rápido –seis meses aproximadamente–, por lo que se proyecta como una alternativa a los cultivos de coca. “El pasto son seis meses y florece, o se suelta así biche”, cuenta Berta que ya tiene cercados unos espacios cerca de su finca. “Tengo unos animalitos en aumento”, expresa. Aunque no todos son suyos, los cuida como si lo fueran. Ahí también están los de su vecino Dubán y los que ella dice, son de sus hijos y de ella. “Yo sí quiero seguir con pasto, yo sí quiero ese proyecto, si nos ayudan de verdad, si sí es verdad que nos pagan, yo siembro pasto y hasta cacao”.

Cuando llegó el programa de sustitución, el futuro pareció distinto e incierto en igual medida. Los ojos de Berta se llenan de lágrimas y el tono de la voz comienza a apagarse al pensar en la posibilidad de que el Gobierno no cumpla con lo prometido. “Si nos cumplen nosotros no seguimos sembrando coca, pero sino se sigue. Si no nos cumplen, los que ya estamos



‘abrochados’, quiere decir anotados, nos dicen que nos pueden meter a la cárcel”, expresa y las lágrimas no se resisten a caer.

Si bien el Acuerdo plantea un trato diferenciado para los pequeños cultivadores y recolectores, dentro del marco jurídico ordinario aún se penaliza con cárcel –mínimo cinco años, máximo dieciocho– a quienes tengan algún tipo de relación con cultivos de uso ilícito, bien sea desde la siembra, el mantenimiento, la recolección o las labores domésticas asociadas, todo esto según la Ley 599 de 2000. Por eso la visión del incumplimiento se presenta oscura. “Ya llevo como quince días pensando la vida, si buscar el Sisbén o si quedarme quieta. De todas maneras, las cosas salgan o no, las matas las arrancan porque yo ya me inscribí. Qué tal que yo por allá limpiando mis matas y llegue el Ejército, eso es duro”.

En la oscuridad absoluta el aire parece ser menos denso y la esperanza un péndulo que va y vuelve según la imaginación y las posibilidades. Berta observa con detenimiento las montañas cercanas que ya casi no se ven y agrega: “Ya es pensar la vida, mis hijos, que progresen, que se despierten, que *brieguen* a arar la tierra porque coca ya no va a haber”.

\*\*\*

El sol de la tarde comienza a pegar por un costado de la cocina, la misma en la que durante años doña Rosa descubrió los amaneceres antes de que cualquier otro se despertara. Sentada en la mecedora del patio, les da comida a sus pollos mientras los perros están echados a su alrededor. Dirige la mirada hacia el frente, buscando lo que aún se reconoce del monte y las luces que comienzan a titilar en el horizonte desde Barranca, “esta es la hora nostálgica del campo”, dice. En la ladera se ven algunas vacas que todavía pastan en medio de la oscuridad que se va haciendo más intensa con la llegada de la noche, de a poco los mosquitos se adueñan del aire y el sonido de las cigarras hace eco en el Valle.

Desde lo alto de Morro Cilindro, doña Rosa espera a su hijo mientras se profundiza la noche. “Ese debe ser él”, dice luego de que un tiro de escopeta rompe con el silencio. Con una linterna se dirige a la cocina con la certeza de que el disparo le dio a algún animal que será

el desayuno del día siguiente. Piensa en su hija menor, la única que vive lejos porque se fue para los Llanos junto a su esposo. La economía de ambos también dependía de la coca por lo que, como doña Rosa, se inscribieron al PNIS. Sin embargo, mientras en Cantagallo el Programa apenas estaba comenzando, en los Llanos ya estaba funcionando desde varios meses antes.

Los dos componentes que plantea el Programa son el Plan Integral Comunitario y Municipal de Sustitución y Desarrollo Alternativo –PISDA– y el Plan de Atención Inmediata –PAI–. El primero buscaría generar las condiciones para que los nuevos cultivos continuaran siendo rentables a largo plazo, mientras que el segundo constituiría un plan mucho más urgente que facilitaría la transición entre un cultivo de uso ilícito a otro que no lo sea. A pesar de que el PAI establece un pago de un millón de pesos mensual durante doce meses para los cultivadores, la hija de doña Rosa le había contado que ya llevaban tres meses sin el pago, lo cual dificultaba el proceso de sustitución y mermaba las expectativas de los campesinos frente al programa.

“Uno confía en el Gobierno, de que no nos vaya a ir a engañar, de que todo lo que han dicho sí nos lo cumplan”, dice ella con la idea de sembrar yuca, plátano, maíz y pasto en toda su finca. Prefiere evitar los cocales, pues a pesar de que hace años podía recorrerlos con facilidad, ahora es alérgica a las hojas. Las matas siguen en su finca porque siempre han sido la fuente de ingresos para su familia. “Uno voluntariamente va a arrancar esas matas, entonces uno espera la ayuda y los proyectos, porque esta zona ha sido solo de coca y uno mismo la va a acabar. Si no nos llegan las ayudas del Gobierno va a haber es más desplazamiento”.

En la vereda La Esperanza, doña Milena tiene unas expectativas similares con respecto al PNIS. “Tener unas 10 vaquitas, por ahí pa’ la lechecita, pero mi pensado es tener comida sembrada. Desde que haya transporte uno puede vivir de la yuca, del plátano, del limón, de la naranja”. Más allá de los pagos, los campesinos esperan que se haga una real inversión en materia de infraestructura que brinde garantías para la producción, transporte y comercialización de los productos agrícolas. “Qué hace uno con una tierra y sin nada

cultivado, lo único que dejaba eran esas matas, para ahora uno mismo arrancarlas y que no le vayan a cumplir”, agrega.

\*\*\*

Desde la casa de doña Teresa se escucha el sonido que emite uno de los pocos televisores que hay en la vereda: el noticiero de las siete. A pesar de que hay más personas de las que se reúnen normalmente, el silencio solo es interrumpido por algunas expresiones espontáneas de los campesinos que están alrededor. En la pantalla pasan imágenes de Iván Duque seguidas por extensos cultivos de coca. Apenas a unos días de haber sido electo presidente, Duque hizo alusión a la necesidad de retomar las fumigaciones aéreas para los cultivos de uso ilícito.

El espacio entre los ojos y el televisor se llena de angustia, mientras se miran unos a otros con la intención de comprobar que habían entendido correctamente. Los campesinos de Cantagallo recuerdan el periodo en que hubo fumigaciones como uno de los más violentos, pues afirman que junto a ellas llegaron los grupos paramilitares y el Ejército. También lo relacionan con la escasez que se ocasionaba por el daño no solo de los cultivos de coca, sino de yuca, plátano y cacao. “Eso era muy chistoso, entre risa y susto, porque la avioneta pasaba muy bajito, ellos lo veían a uno y uno veía a las personas que iban dentro de la avioneta. Susto, risa, más que todo tristeza, porque esa era la forma de vida de uno y de su familia”, dice doña Sandra.

Unos meses más tarde, Iván Duque recibió el apoyo de Francisco Santos, embajador de Colombia en Estados Unidos, cuando este afirmó que “las fumigaciones con glifosato tienen que volver”. Durante el 2019 se ha posicionado aún más esta discusión, incluso la vicepresidenta Marta Lucía Ramírez ha instado a la Corte Constitucional a que flexibilice las condiciones en las cuales se permitiría el uso de este químico. En una audiencia pública realizada en marzo de 2019, en la que se discutió el uso del glifosato, Duque manifestó que se debían utilizar todas las herramientas para erradicar los cultivos de coca. En este sentido, agregó que además de las fumigaciones y la erradicación manual, era necesaria la presencia de la Fuerza Pública para que acompañara el proceso.

El gobierno de Duque ha reiterado que sus prioridades frente al proceso de sustitución son las fumigaciones y el acompañamiento de la Fuerza Pública, por lo que varios elementos que habían sido considerados en el PNIS se han dejado de lado. Así mismo, el cambio de Gobierno implicó también la renovación de los funcionarios que se encontraban dinamizando el PNIS. Según Fabián Bonilla, el actual enlace rural de la Alcaldía del municipio, “hubo mucho desorden y empezaron a haber demoras para solucionar la situación de las personas suspendidas y comenzaron a incumplir las fechas de los pagos”. Por parte de la nueva coordinación se planteó que los pagos de un millón que hacían parte del PAI en el componente de asistencia alimentaria no fueran entregados mensualmente sino dos cada dos meses, es decir, seis pagos de dos millones. En Cantagallo el Programa ya va en el cuarto pago, sin embargo, desde el tercero comenzaron a haber demoras por la misma ineficacia para dar solución a las personas suspendidas.

Incluso desde la Alcaldía del municipio se envió una carta dirigida al PNIS a finales de octubre de 2018 en la que se exige el cumplimiento de los pagos en el tiempo pactado, puesto que más de 100 familias habían arrancado la totalidad de las matas y aún no tenían orden de pago. “Muchos de nuestros campesinos se encuentran en este momento aguantando hambre, llamada en el territorio como crisis alimentaria”, se afirma en la misiva.

“Han sido muchos sinsabores ya que el campesino cumplió arrancando las matas que nos generaban de una manera u otra nuestra economía, mientras el Estado ha estado con unos pagos en destiempo que generan dificultades en nuestra subsistencia ya que la mayoría de familias dependían solo de esas matas”, dice doña Teresa, a quien los cicales también la han acompañado desde su llegada a la región.

Sin embargo, el mayor incumplimiento se ha dado en el segundo componente que tiene que ver con la constitución de un proyecto de seguridad alimentaria. En este se planteaba que después de dos pagos –cuatro meses– éste se pondría en marcha. En este punto la Organización de las Naciones Unidas –ONU– es la encargada de dar a los campesinos el monto de 1 millón 800 mil pesos, pero en especie. “El acuerdo era un primer proyecto de 1 millón 800 mil para sostenimiento alimentario después de dos pagos y luego vendría otro de

9 millones y hasta el momento no ha llegado ninguno, el campesino se siente engañado”, dice doña Teresa.

Como se mencionó anteriormente, además de los cultivadores hubo otras modalidades en las que los campesinos y campesinas se articularon al circuito de la economía cocalera. Los raspachines, los quimiqueros y las guisas son ejemplos de personas que no eran dueños de cultivos, pero que subsistían por cuenta de las dinámicas de la coca, sin embargo, no fueron tenidos en cuenta. Frente a esto Mauricio puntualiza que "en el caso del sur de Bolívar, recolectores no entraron y en este momento ya no pueden entrar, solamente nos quedaron cultivadores”.

Es decir, la posibilidad que se planteó en algún momento acerca de que las cocineras o guisas pudieran integrarse de alguna manera al Programa Nacional de Sustitución, ya no existe. Más allá del censo y del proceso de identificación, no se les articuló de ninguna manera al PNIS. “Este Gobierno entró a cumplir con lo que ya se tenía comprometido, pero no a pasar más allá de lo que se tiene”, agrega Mauricio.

La consolidación de los proyectos, así como la vinculación de todos los campesinos cuya economía dependiera de la producción cocalera, eran elementos importantes para que la sustitución fuera realmente exitosa. Según doña Teresa, “el campesino tenía muchas expectativas de poder cambiar la coca por proyectos productivos que nos permitieran cultivar la tierra y tener una economía sostenible”.

Casi un año después, las expectativas y temores de los campesinos, que solo se presentaban como probables, se están volviendo realidad. Son casi doce meses desde que las matas dieron su última raspa antes de ser arrancadas y desde que la apuesta por sustituir fue más fuerte que el miedo a los incumplimientos.

A pesar de las inconsistencias en la implementación y de los comentarios del Gobierno que hacen alusión a las fumigaciones, la militarización y la judicialización, Mauricio agrega que

“por ahora es un matrimonio de confianza que todavía no se ha roto, y esperamos que no se rompa, porque de eso depende mucho la economía local y las economías familiares”.

Pero si a las puertas del primer pago los campesinos ya eran escépticos frente al cumplimiento del Gobierno, ahora la implementación ha dejado sinsabores que ponen en entredicho la eficiencia de la sustitución de cultivos. Así lo afirma doña Teresa, “esto puede generar un brote de necesidades que conllevaría a volver a la siembra de coca. No es lo que queremos, pero de no haber cumplimiento es el mismo Estado que nos lleva a esto”.

Las 17 hectáreas de coca que quedan en Cantagallo son el reflejo de un campesinado que tiene la intención de cambiar las matas de coca por otro cultivo. El apego, sin embargo, es inevitable y el voto de confianza se dio en el mismo momento en el que el primer campesino arrancó una mata sin haber recibido todavía un pago.

La noche que parecía apenas caer sobre el Valle del Río Cimitarra, sobre las palabras de Berta y sobre la esperanza de los campesinos, hoy se ha vuelto densa. La oscuridad inunda con fuerza las expectativas, y la autogestión parece ser, como siempre, el hálito de luz que puede salvar a las comunidades que han tenido que sobreponerse al abandono. “Ahora vemos en la vereda un grupo de mujeres trabajando en el proyecto de un vivero de árboles frutales y en reforestación de árboles maderables, esa es la meta que tenemos. Así es como hemos sabido sobrellevar esos altibajos, ahí estamos sobreviviendo, en pos de un desarrollo para todos”, expresa doña Teresa, que hace parte de ese grupo de doce mujeres que busca por otros caminos, de manera autónoma, sobrellevar la indiferencia estatal. “También estamos liderando un proceso de ecoturismo en la zona, si hacemos las cosas bien, al final se van a ver los resultados”, agrega.

Los muros de madera de las cocinas se calientan con cada uno de los rayos de sol que se filtran por las grietas. Las ollas brillan, los gatos caminan entre la leña y los pollos pían en evidente son de protesta por comida. La noche, que se había presentado densa y profunda, queda en el pasado, el calor ya no llega como un cúmulo desde el cielo, ahora brota constante desde el suelo y el viento no puede disiparlo. Las mujeres cultivadoras de coca, las mujeres

raspachinas, las mujeres cocineras, las mujeres madres, las mujeres lideresas caminan el territorio, impulsan proyectos, piensan en sus hijos, en la comunidad entera. Las cocinas están ahora vacías y las montañas casi grises por la ausencia de cocaleros. Las primeras van a ser ocupadas pronto para desplumar las gallinas, lavar la yuca y pelar las papas para los obreros o las familias. Las segundas esperan ser sembradas con cultivos agrícolas, ser teñidas con distintas tonalidades de verde que dejen en evidencia cultivos de frijol, de plátano, de yuca, de pasto, de ganado. Los cantagalleros esperan no tener que cultivar coca de nuevo.